Lunes de Revolución









EDITORIAL

R

Esta paz amenazada que hemos disfrutado durante los últimos meses costó años de sacrificios, muertos, torturas. Pero esto no parece significar mucho para aquellos que hoy cierran un cerco económico sobre nuestro país, y que parecen prestos a perpetuar una agresión armada contra Cuba. Después de bombardear La Habana, de quemar cañaverales, de haber segado vidas indefensas y confiadas, ahora, en plena bahía de La Habana, llevan a cabo un sabotaje en el vapor, francés "La Coubre", con un saldo de cerca de 80 muertos y más de 200 heridos. Este barco traía armas que el gobierno de Cuba había comprado en Bélgica, legalmente, con la autorización del gobierno de ese país, para protegerse precisamente de una agresión armada. El sabotaje de "La Coubre" iba a ser utilizado para decirle al mundo que Cuba se armaba innecesariamente y que por lo tanto constituía una amenaza para la paz del Continente.

Los propósitos son evidentes. Si recordamos, aunque sólo sea a modo de ejemplo, los casos de Hiroshima, de Corea, o de Guatemala, ¿quién dudará que se intenta hacer con Cuba algo parecido? Las justificaciones son infinitas, por ejemplo, desembarcar en Cuba —con "marines", acorazados, barcazas—, después que un ejército de patriotas compuesto por rosablanqueros, nazis, fascistas, trujillistas, somocistas, y mercenarios hubiera venido a salvar a Cuba del comunismo.

¿Dónde nos deja esto a nosotros? ¿Estamos indefensos ante un hecho tan monstruoso y tan evidente?

Nuestra salida es una sola: a la agresión hay que oponer la agresión. Antes de que vengan los vamos a denunciar, vamos a denunciar su obvia maniobra, como lo estamos haciendo ahora. Le vamos a decir al mundo que Cuba sólo desea que la dejen hacer en paz lo que ellos y sus cómplices de aquí no nos han dejado hacer hasta ahora. Y vamos a esperar, con armas, con valor, con determinación.

Vamos a morir muchos, quizás muramos todos, pero van a tener que conquistar esto pulgada a pulgada, y mientras tanto el mundo se enterará que un país muy grande, muy poderoso, muy mentiroso, muy cruel, muy imperialista, que se llama Estados Unidos, quiere destrozar a Cuba, un país pequeño, casi desarmado, que sólo quiere trabajar en paz.

Los colaboradores de LUNES, que hasta el presente habíamos realizado una labor literaria en un ambiente propicio, hoy, ante los acontecimientos, nos planteamos la necesidad de afrontar cualquier posibilidad bélica. Hoy no es tan importante el hallazgo de un verso feliz, el de un objetivo precioso: de esas labores de paz, sino el momento amenazado, la pérdida de nuestra soberanía, de nuestra libertad como pueblo, y por tanto, como individuos creadores. En fin, un compromiso que no se detiene ante nada y que está dispuesto a defender con las armas nuestra posición, nuestra visión de las cosas nuestra razón de existir, de poder volver mañana, en una Cuba libre y feliz, regresar al verso, a la novela, a la obra de arte.

A pesar de haberse publicado el discurso del comandante Fidel Castro Ruz con motivo de los acontecimientos en el muelle de Tallapiedra, LUNES DE REVOLUCION considera de vital importancia la reproducción del mismo en sus partes esenciales.

La primera dificultad radicó en extraer fragmentos de este discurso, que fue también una grandiosa despedida de duelo a las víctimas de la explosión, debido a la unidad inviolable de las ideas que se sucedían unas a las otras en exposición pocas veces lograda en la oratoria. Pero es en su contenido donde el discurso justifica su publicación de nuevo, ya que en él se demostró de manera irrefutable lo que el pueblo de Cuba sospechó desde un principio: SABOTAJE.

Era en la tarde de ayer, cuando todos estábamos entregados al trabajo.

•

El pueblo no se atemorizo por la explosión, el pueblo avanzó hacia la explosión; el pueblo no se llenó de miedo, sino que se llenó de valor.

•

Y en realidad, no resulta fácil que los explosivos estallen: para que los explosivos estallen es preciso hacerlos estallar.

•

Y la otra respuesta era que se podía tratar de un sabotaje, pero, un sabotaje ¿cómo y dónde?

•

¿Qué traía ese barco? Ese barco traía balas, y traía también granadas de fusil Fal contra tanques y contra personal. Las balas ya estaban en el muelle, ya no quedaban balas en el barco.

•

Quedaba un compartimiento superior, que eran las neveras de esa bodega, convertidas una de ellas, en el compartimiento donde venían las granadas de fusil. La explosión no se produce mientras se operaba con las balas, la explosión se produce en el momento en que se estaban descargando las 30 toneladas de cajas de granadas de fusil.

Los obreros sabían lo que estaban cargando y no era la primera vez que los obreros portuarios manipulaban esa carga, porque durante muchos años explosivos y pertrechos se han estado manipulando en el puerto de La Habana, y nunca, que recordemos, se había producido explosión alguna.

•

Y no era la primera vez que lo hacían, ya que hasta inclusive, en ocasiones anteriores, lo habían hecho gratuitamente, voluntariamente sin cobrar un centavo, como contribución a la defensa del país.

•

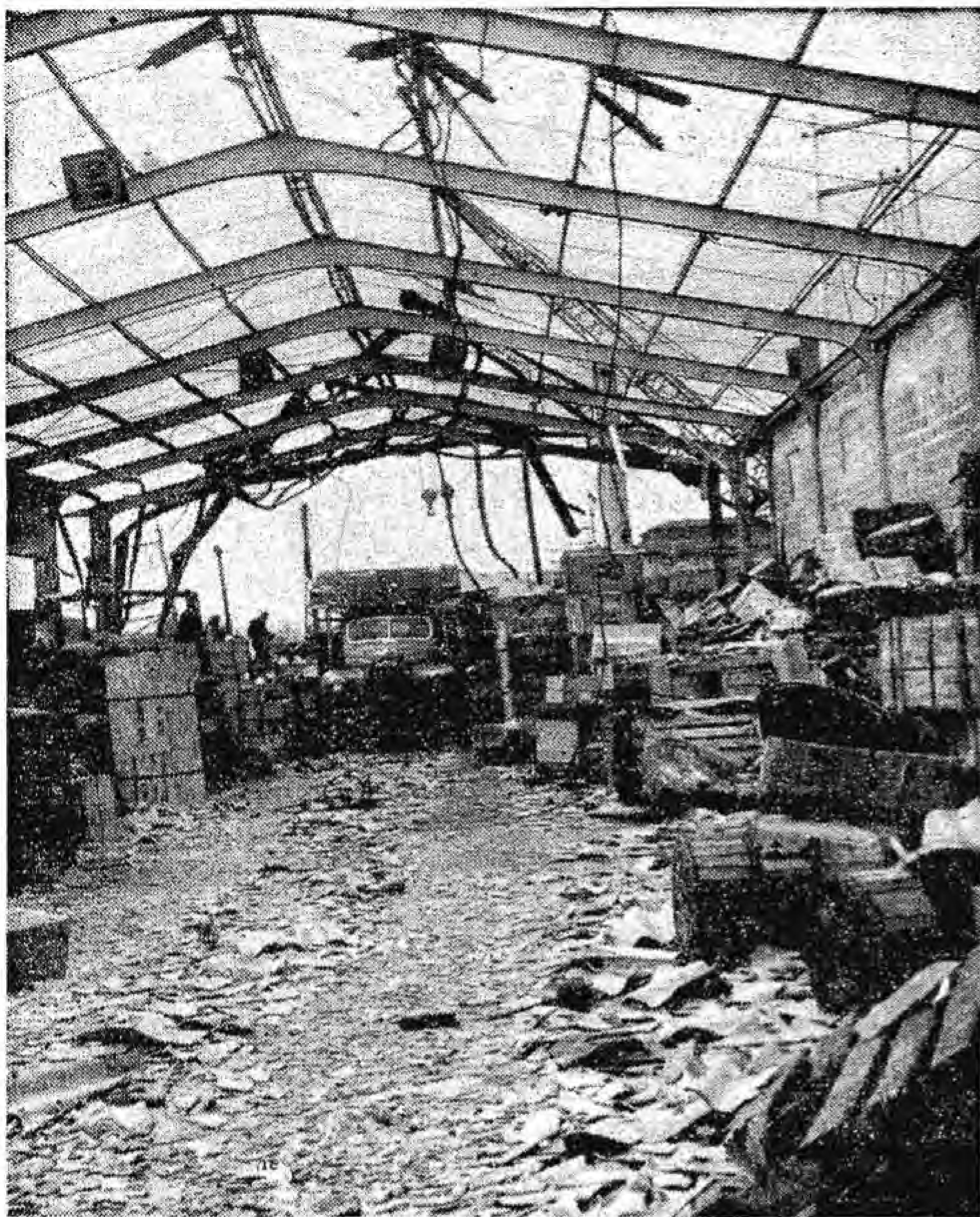
¿Que una caja de granadas puede estallar por una caída? Es que los fabricantes de esos pertrechos, más cuando se trata de una de las mejores fábricas del mundo de armas y pertrechos, que tenían que manipular los hombres en combate y que por lo tanto tienen que estar revestidas de las mayores seguridades.

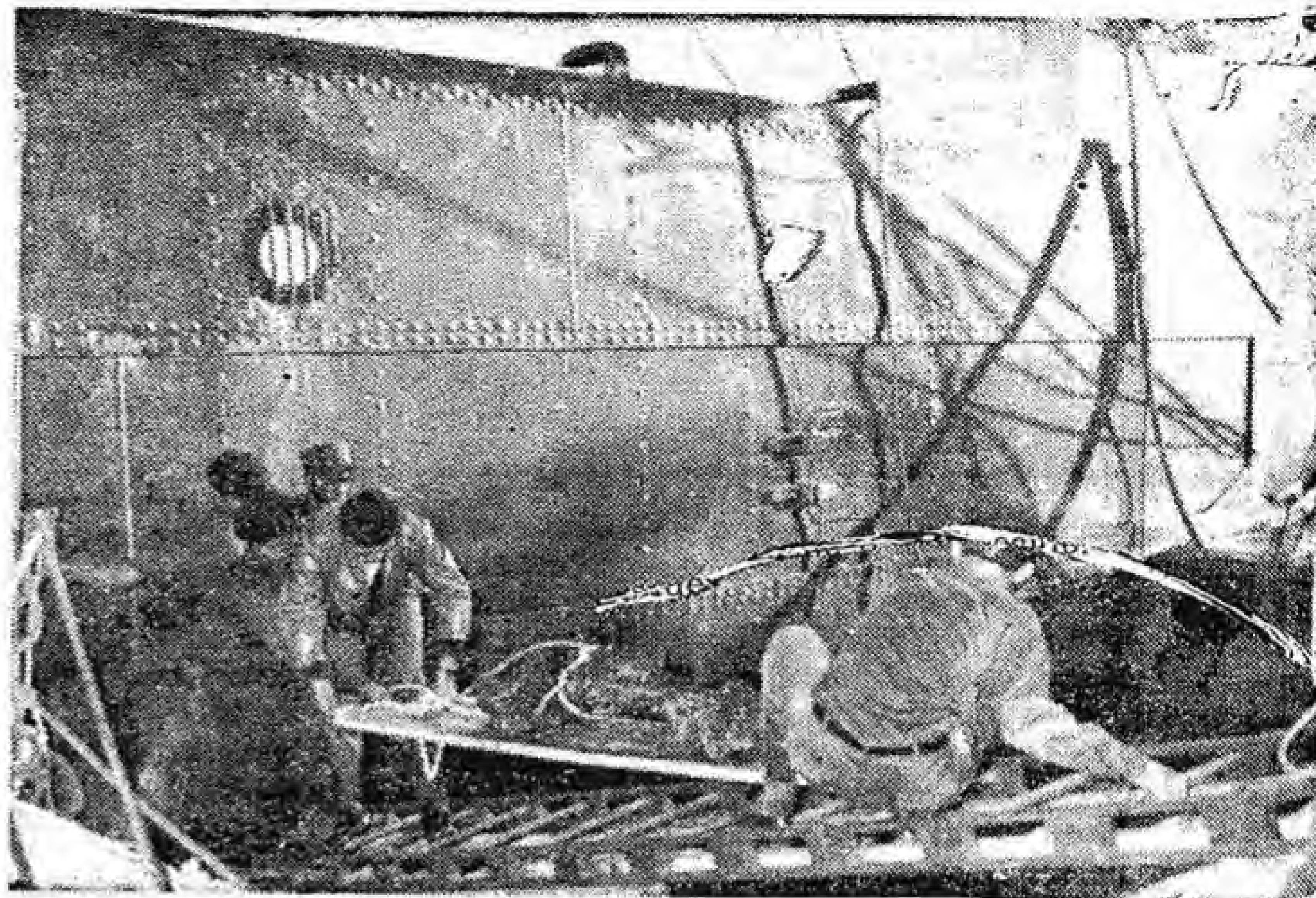
•

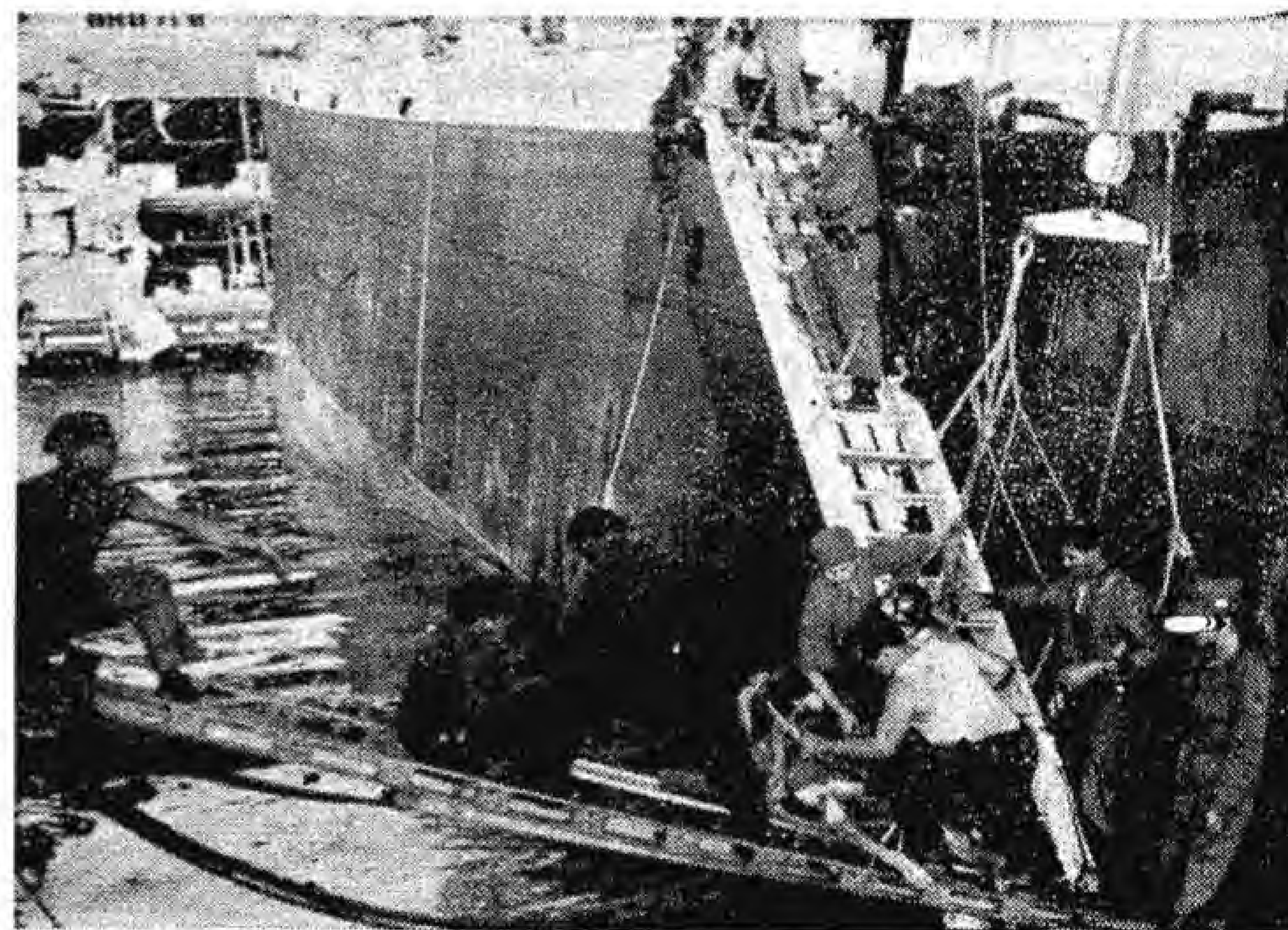
Entonces, ¿qué posibilidad tiene de estallar una granada al caerse una caja que la contenga? ¿Es que vienen las granadas sin seguro? ¿Es que vienen las granadas sueltas dentro de las cajas? ¿Es que esos productos se transportan sin seguridad para el que las manipula, para el que las carga y las descarga?

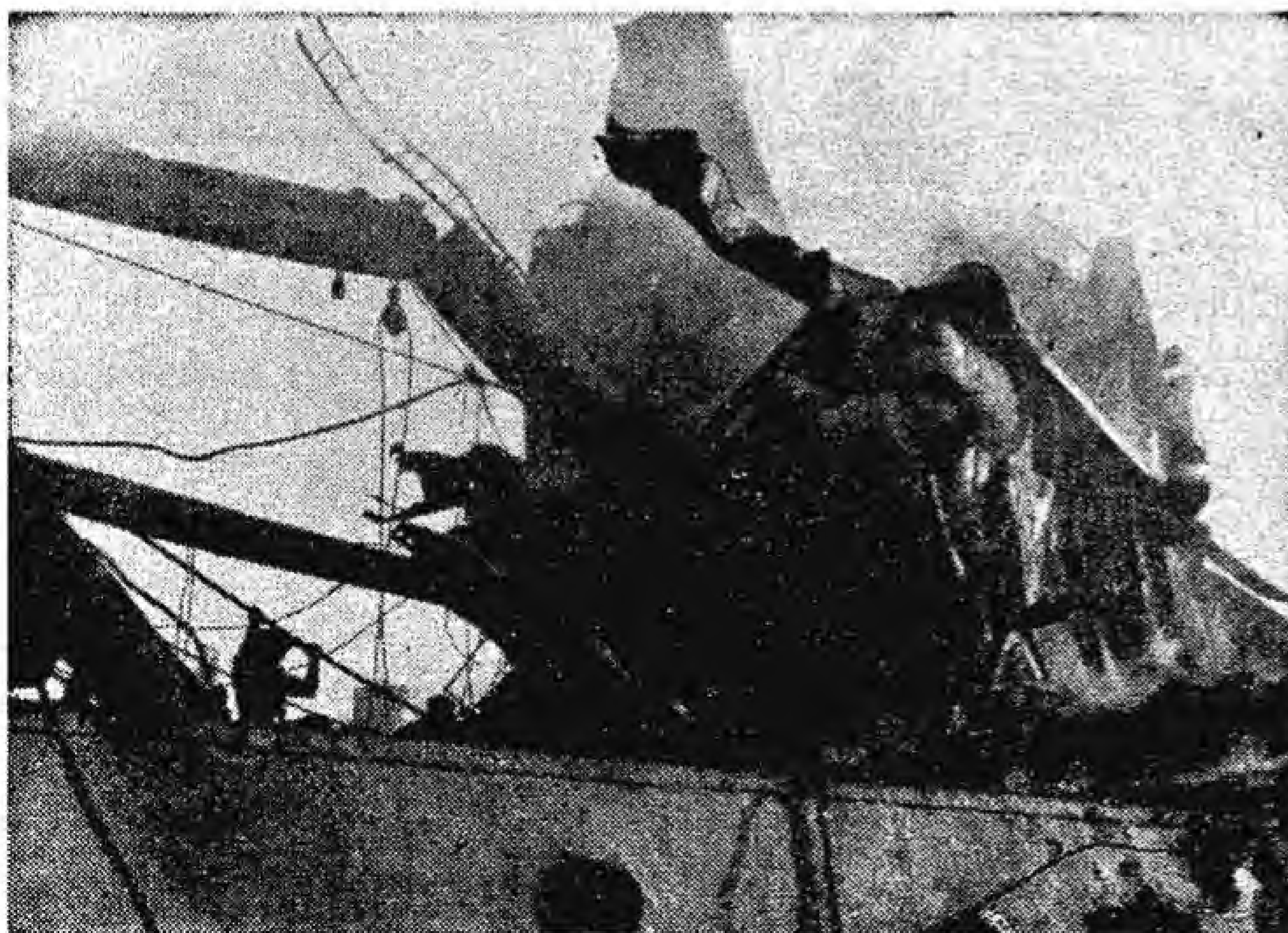
director: guillermo cabrera infante
sub-director: pablo armando fernández
emplanaje: guerrero
fotos por:
Martínez Illa
Korda
Ernesto
Salas
Liborio
Agraz
Marino
Fonseca

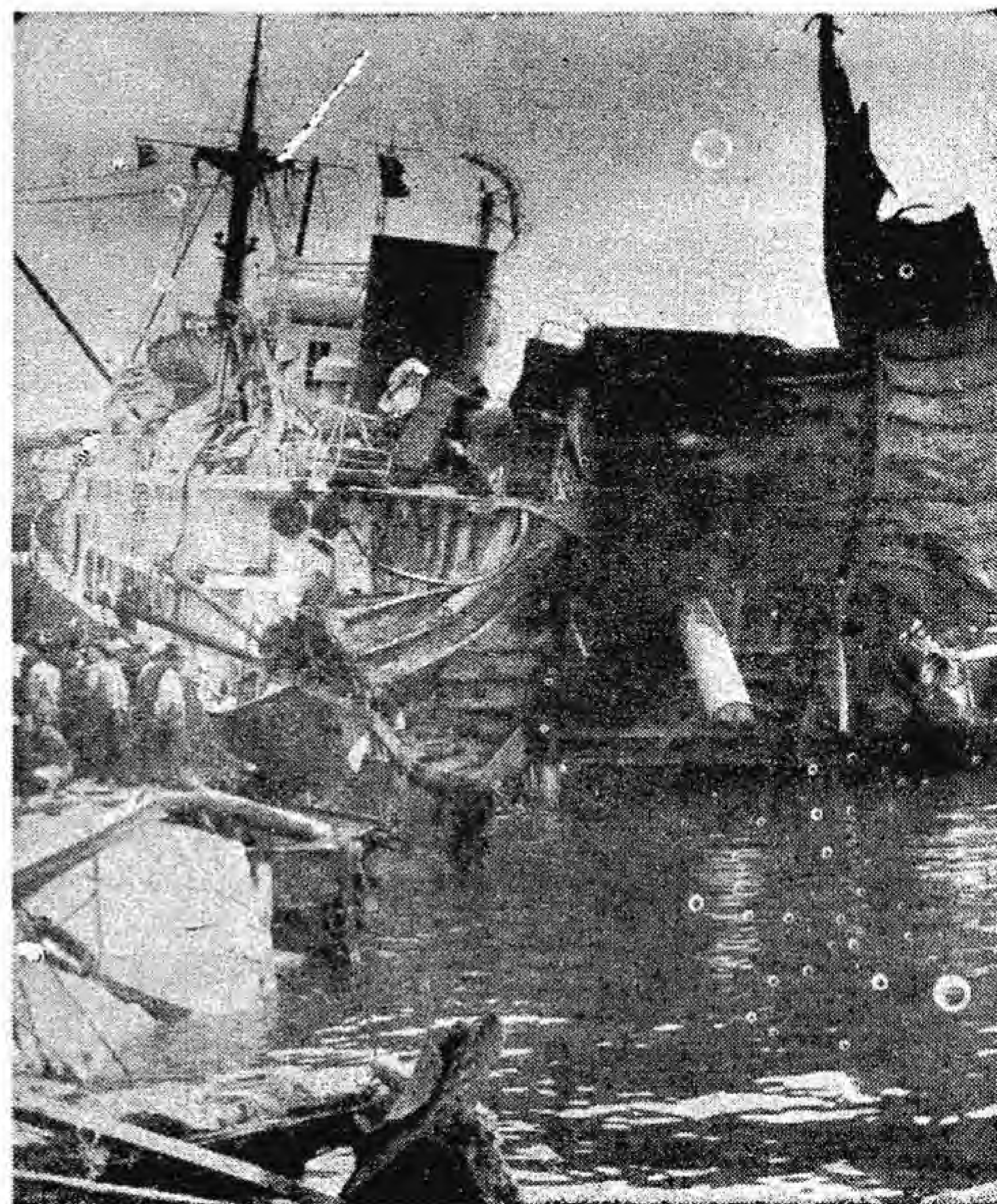














Porque es preciso calcular cuántas veces se manipulan esas cajas, desde la fábrica hasta los polvorines. ¿Es que podía considerarse lógico en algún sentido, que aun cuando ocurriese lo improbable, muy improbable, de que cayera una caja, podía estallar, es decir, explosión por accidente? Nosotros podemos asegurar que es totalmente imposible.

●

Pero como no bastaban apreciaciones teóricas, dispusimos que se hicieran las pruebas pertinentes, en la mañana de hoy dimos órdenes a oficiales del Ejército que tomasen dos cajas de granadas de los dos tipos diversos, las montaran en un avión y las lanzaran desde 400 y 600 pies.

●

¿Tiene algún sentido suponer que pudiesen estallar al caer a 8 pies de altura, con todas esas condiciones de los seguros que tiene la granada y de los recipientes —están aquí dentro esas granadas— de los recipientes que apenas, a esa altura, si sufren alguna abolladura los recipientes, desde 400 y 600 pies más la velocidad del avión.

En primer lugar, los obreros son registrados, y son registrados para evitar que lleven fósforos o cigarros; son registrados para evitar que cometan una imprudencia, y no sólo son registrados, sino que tienen un Delegado que observa el trabajo que van realizando.

●

Y una circunstancia todavía importante, y es que los obreros que trabajaban allí no sabían que iban a trabajar en ese barco.

●

Esos obreros que eran un grupo reducido entre más de mil, no sabían que iban a descargar aquellos explosivos.

●

Luego, no por cuestiones de convicción moral, sino por análisis cuidadoso, por investigación minuciosa, por conversación detallada con todos los obreros, braceros y estibadores que participaron, sacamos la conclusión de que el sabotaje por ningún concepto podía haber sido realizado en Cuba.

●

Luego, había que analizar

do más distante de que fué preparado en absoluto, no pudo haber sido preparado en Cuba.

●

Y del interrogatorio del oficial del barco, el responsable de la carga, pudimos conocer cómo se había cargado aquella mercancía, en presencia de ese oficial, y cuando él no estaba presente, de otro miembro de la tripulación, que en este caso no pudo precisar.

●

Es natural que, en las condiciones de embarque, era mucho más fácil y más practicable introducir algún detonante que hiciera estallar aquellos explosivos.

●

Y por eso, nuestra conclusión de que había que buscar al agente de ese sabotaje, no aquí sino en el extranjero; de que había que buscarlo en donde las condiciones eran mucho más fáciles para realizar un acto, preparar un acto semejante. Es decir, que había un hecho indiscutible, un hecho probado, y es que después que habían extraído más de 20 cajas, al mover alguna de las cajas restantes, es decir, al cargar una de las cajas siguientes, se produjo la explosión.



Y yo estoy seguro de que esa prueba se puede repetir cien o mil veces, y las granadas no estallan, porque los explosivos, para que estallen, hay que hacerlos estallar.

●

Luego, por accidente no puede haber sido, por accidente no puede haber sido. Tenía que ser intencional, había que descartar toda posibilidad de accidente, para aceptar lo único explicable: una explosión intencional. Pero una explosión intencional, ¿cómo? ¿Se podía —como dije hace un rato— hacer un sabotaje en presencia de los soldados rebeldes, de soldados veteranos rebeldes, que estaban presenciando la manipulación? ¿Se podía hacer un sabotaje en presencia de los obreros que estában allí trabajando?

●

Càrece por completo de lógica que nosotros vayamos a esperar un sabotaje de un obrero, porque los obreros, sin que le quepa duda a nadie, son defensores fervientes y decididos de nuestra Revolución; pero como no se trata de apreciaciones teóricas, analicemos la posibilidad de ese sabotaje.

las otras posibilidades: ¿posibilidad de que hubiesen sido los obreros, tripulantes del barco? Muy difícil, muy improbable, porque nosotros hemos interrogado, uno por uno, y sobre todo, muy cuidadosamente, a las personas que tuvieron que ver con las bodegas, con la carga, con las llaves; y en primer lugar, las personas que tenían las llaves, que ese día abrieron las bodegas, para comenzar la descarga, perecieron en la explosión.

●

Los oficiales del barco estaban en el barco cuando ocurre la explosión. Y no es de imaginarse que alguien crea posible hacer estallar 30 toneladas de dinamita en un barco y salir ileso.

●

De los 36 tripulantes, sólo había 4 personas ausentes: 3 mozos, después que habían servido los alimentos de la tripulación, y un engrasador que no estaba de servicio.

●

Y en la medida en que penetrábamos en la investigación del sabotaje, llegábamos a la conclusión de que fue prepara-

●

Es decir, que al mover alguna caja liberó el mecanismo de algún detonador, produciendo la explosión.

●

¿Cómo venían las cajas en el camino? Venían en filas compactas, no podían moverse, porque esa carga se aprisiona una contra otra dentro de la bodega o dentro de la nevera, de manera que no puede moverse. Es decir, que no queda espacio para moverse. Un sistema de sabotaje como ese se podía realizar sin la menor preocupación de que estallaran, sino al desembarcarlo, porque eso fue lo que ocurrió, que al sacar —ya habían sacado las primeras cajas—, al sacar cerca de la caja número treinta, es que se produce la explosión.

●

Y de eso tengo la seguridad, de que no le quede duda a nadie, porque, ¿qué otra cosa podía esperarse? Todos los años se transportan en todo el mundo, millones de toneladas de explosivos y, sin embargo, no tenemos noticias de que exploten los barcos.





Y que recordemos, la del Maine, cuyos misterios no los ha podido explicar nadie todavía perfectamente bien, llegó hasta a ser causa de una guerra.

•

Porque los EE.UU. sacaron la conclusión de que había sido un acto de los partidarios de España, por hostilidad a los Estados Unidos y sin más pruebas, ni más argumentos, por una simple suposición llegaron hasta el acto trascendental de declararle la guerra a España.

Nosotros no hemos tenido que abusar tanto de la imaginación, nosotros no hemos tenido que sacar conclusiones tan poco fundadas, porque más bien parece carecer de lógica imaginar a España, con aquella situación difícil que tenía y aquella lucha dura que tenía, perpetrar la voladura de un acorazado norteamericano; éso no parecía lo más lógico y en cambio nosotros sí tenemos razones más que sobradas, para creer que se trata de un sabotaje.

•

¿Y quiénes son las fuerzas internacionales que están alentando a los enemigos de nuestro pueblo y de nuestra Revolución? Nosotros sí tenemos razones para pensar que había intereses esforzándose porque no recibiéramos las armas, nosotros sí tenemos razones para saber quiénes son los que se interesaban en que no recibiéramos esas armas, nosotros si tenemos razones para suponer o razones para pensar que los que promovieron ese sabotaje, no podían ser otros que los que estaban interesados en que no recibiéramos esos pertrechos; porque ¿a quién hay que pensar autores de un acto semejante sino a los interesados en que nosotros no recibiéramos esos explosivos?

•

Y sobre esa cuestión tenemos que hablar. Los interesados en que no recibiéramos esos explosivos son los enemigos de nuestra Revolución, los que no quieren que nuestro país se defienda, los que no quieren que nuestro país esté en condiciones de defender su soberanía.

•

Nosotros sabemos los esfuerzos que se hicieron porque no pudiéramos comprar esas armas y entre los grandes interesados en que no recibiéramos esas armas, estaban los funcionarios del gobierno norteamericano. Y nosotros podemos afirmar, sin que ésto sea un secreto, porque si es un secreto, sera de esos secretos que lo sabe todo el mundo, y hasta incluso, no es que lo digamos nosotros, lo dijo el gobierno inglés, el gobierno inglés declaró que el gobierno norteamericano estaba interesado en que no adquiriéramos aviones en Inglaterra. Lo han dicho las propias autoridades norteamericanas, los propios voceros que hicieron esfuerzos porque no se vendieran armas a Cuba.

•

De manera que un país, un gobierno, utilizando su poderosa influencia internacional, se mueve en los círculos diplomáticos, para que un país pequeño, un país que necesita defender su territorio de sus enemigos, un pueblo que necesita defenderse de los criminales que quieren regresar; o de los colonizadores que quieren mantenernos en la esclavitud y en el hambre; tenemos que estar luchando contra las presiones de un gobierno influyente y poderoso, para poder adquirir armas. Y nosotros podemos afirmar que hasta ahora habíamos logrado que un gobierno, que una fábrica de armas europeas, actuando con independencia y actuando con firmeza, se había opuesto a las presiones y nos había vendido las armas. Es decir, la fábrica de armas de Bélgica y el gobierno de ese país, se habían resistido a las presiones, y no una, sino varias veces, el cónsul norteamericano, un cónsul norteamericano en Bélgica y un Attaché Militar de la Embajada norteamericana en Bélgica habían intentado con la fábrica y con el Ministerio de Relaciones Exteriores, que no nos vendiesen esas armas.

•

Hay que buscar a los culpables, entre los interesados en que nosotros no adquiriéramos esas armas.

•

¿Qué derecho tiene ningún gobierno a interferir los esfuerzos que realiza otro gobierno en defensa de su soberanía?

•

Y que no adquiramos medios para defendernos, ¿por qué? ¿Por qué ese interés en que no adquiramos medios para defendernos? ¿Es que acaso pretenden que nuestro pueblo caiga de nuevo bajo las botas de las pandillas de criminales que lo azotaron durante siete años?

•

Están promoviendo el regreso de los grandes criminales?, o, lo que es peor aún, ¿es que acaso pretenden intervenir en nuestro suelo?

•

Nunca seríamos fuertes para agredir a nadie, no sólo porque no tendríamos numéricamente armas, ni hombres, ni recursos, sino porque nunca tendríamos derecho para agredir a nadie.





Y ¿tienen precisamente, derecho a obstaculizar nuestro esfuerzo para adquirir los medios para defendernos las autoridades de un país que no ha podido impedir que su territorio sea utilizado sistemáticamente para bombardearnos?

●

Es posible que mañana los diarios de ese país salgan diciendo que analizar estas verdades y estas razones es un insulto al pueblo de los Estados Unidos, y valga aclarar que nosotros no insultamos al pueblo de los Estados Unidos, ni nunca hemos insultado al pueblo de los Estados Unidos.

Razonar, llamar las cosas por su nombre, aclararle al pueblo estas verdades, lo pintan como insulto, porque quieren dificultades de pueblo a pueblo, y aquí no hay dificultades de pueblo a pueblo porque Cuba nunca tendrá dificultades de pueblo a pueblo, con ningún pueblo del mundo. Los pueblos son buenos, y no se pueden juzgar por sus gobernantes.

●

Nosotros los cubanos hemos aprendido a decir la verdad, sin miedo a nadie. Y éstas son verdades, aviones enemigos de nuestro pueblo, aviones piloteados por mercenarios criminales, salen de los Estados Unidos y el gobierno de ese país, tan preocupado de que nosotros no adquiramos armas, no ha sido capaz de impedir esos vuelos.

●

¡Vaya democracia, que ayuda a los criminales y ayuda a los explotadores! Democracia es ésta, donde el hombre vale para nosotros, y valdrá siempre, más que el dinero. Porque por dinero no derramaremos jamás una gota de sangre humana.

●

¿Qué tiene de extraño que los criminales autores de ese sabotaje no se hayan preocupado por el saldo de víctimas que iban a dejar, de los hombres que iban a asesinar? ¿Qué tiene de extraño, si no hace un mes iban a dejar caer una bomba de cien libras en medio de una fábrica funcionando, en medio de más de doscientos trabajadores?

●

¿Qué tiene de extraño que hagan estallar un barco cargado de obreros, si iban a estallar una bomba sobre un central azucarero, y no se preocuparon de bombardear una zona donde había niños?

●

¿Qué tiene de extraño, si ayer mismo recibimos la noticia de que José Eleuterio Pedraza se encontraba en Washington?

●

¿Qué tiene de extraño si una serie de actos demuestran el conjunto de intereses poderosos que se agrupan contra nuestra Revolución; si hace apenas unos días liberaron grandes cantidades de maíz, para sustituir la miel de Cuba en la fabricación del alcohol; si hace unos días retiraron los inspectores que observaban el cultivo de los frutos y las hortalizas que exportamos a ese país; si todo el mundo conoce la Ley mediante el cual se quiere supeditar la soberanía de nuestro país a la amenaza de no comprarnos el azúcar? Es decir, si estos días van a presentar al Congreso una Ley, en virtud de la cual el Presidente de la República se reserva el derecho, en cualquier momento, de quitar la cuota azucarera, de reducirla, de no comprar ninguna si así lo estima.

●

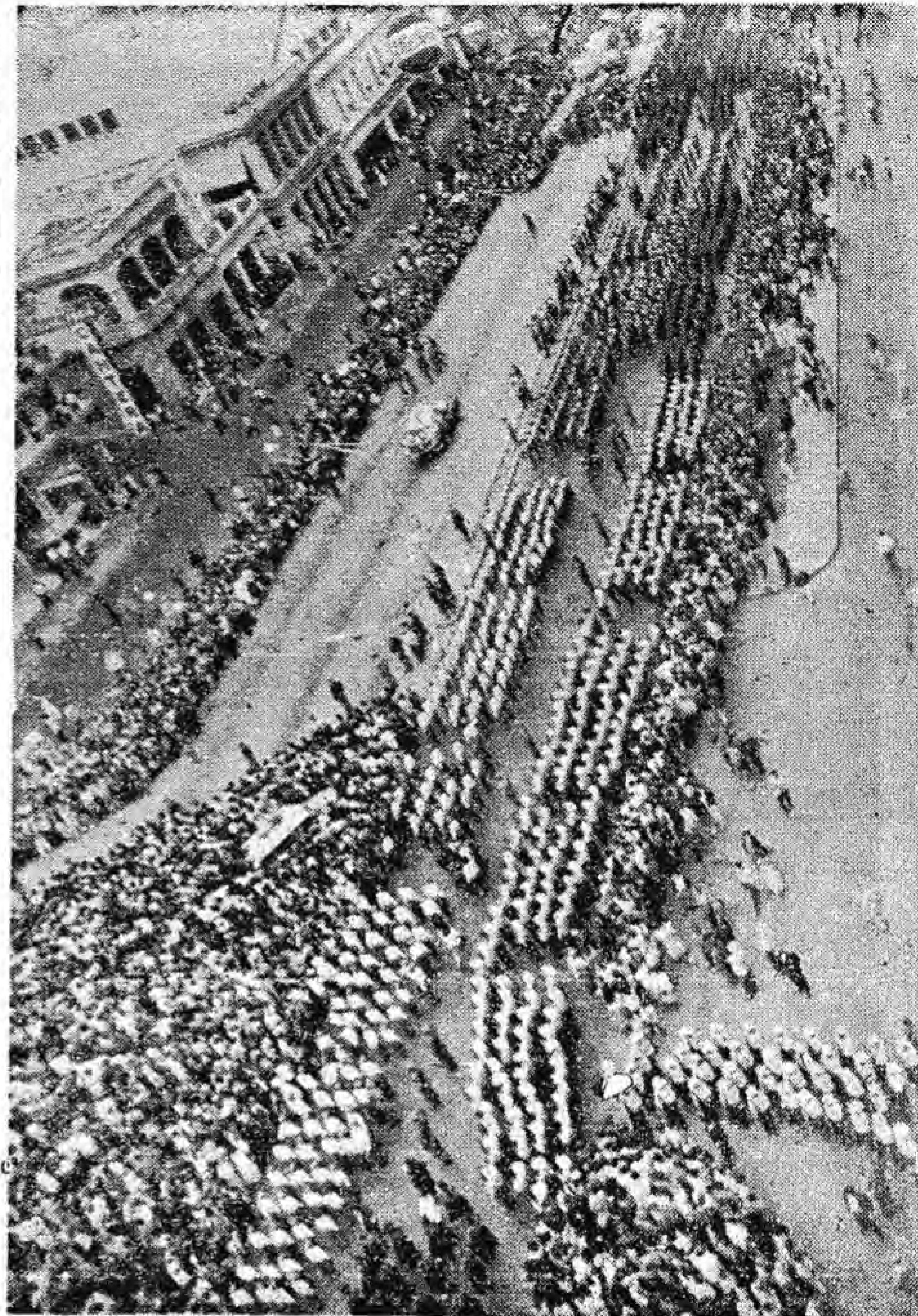
¿Qué quiere decir eso, sino una Enmienda Platt económica? ¿Qué quiere decir eso, sino advertir que si nosotros tomamos medidas contra los latifundios, medidas contra los monopolios, medidas en beneficio de nuestro pueblo, se tomen represalias contra nosotros, porque somos país pequeño, de economía débil, y que si hacemos un esfuerzo por lograr una economía fuerte, lograr una economía propia, nos amenazan con matarnos de hambre?

●

Todo lo más las medidas que nosotros tomamos le restringen el bolsillo voraz a unos cuantos monopolios norteamericanos, pero nosotros no le restringimos los medios de subsistencia, ni de trabajo al pueblo norteamericano.







Y podríamos decir: maniobras militares en el Caribe, ¿para qué? Maniobras de desembarco contra posiciones ocupadas por guerrillas, ¿para qué? Maniobras de tropas transportadas en aviones, en operaciones ofensivas, ¿para qué? Porque, que tengamos entendido, los problemas del mundo se van a discutir en las Cumbres, según llaman; los problemas del mundo tenemos entendido que hoy son problemas de proyectiles dirigidos, de ciencia técnica avanzada, pero no hemos oído decir que los problemas del mundo sean problemas aquí en el Caribe y que haya dificultades de carecter internacional en el Caribe.

•

Y cuando vemos maniobras de **Infantería de Marina**, maniobra de desembarco contra guerrillas, nos preguntamos para qué y por qué. ¿Es que piensan desembarcar, me pregunto, o es que piensan intimidar?

¿Quién dijo que desembarca aquí nadie? Y, ¿quién dijo que aquí se puede desembarcar tranquilamente?

•

¡Como si en caso de esa eventualidad los cubanos nos fuéramos a quedar cruzados de brazos!

•

Quien haya visto al pueblo dirigir el tráfico; quien haya visto al pueblo establecer el orden; quien haya visto al pueblo avanzar sobre aquella explosión que dejara tras de sí como un hongo, que recuerda el hongo de las explosiones nucleares; quien haya visto al pueblo avanzar hacia aquel hongo sin saber de qué se trataba, puede estar seguro de que nuestro pueblo es un pueblo en condiciones de defenderse, es un pueblo capaz de avanzar hasta contra los hongos de las bombas nucleares.

•

Ojala nunca, ojalá los errores que perturban el más elemental sentido común de los que se atreven a considerar como posible cualquier género de invasión a nuestro suelo, comprendan la monstruosidad de su equivocación, porque nos ahorraríamos muchos sacrificios, más si ello ocurriera por desgracia,, pero sobre todo, para desgracia de los que nos agredan, que no les quede la menor duda de que aquí en esta tierrita que se llama Cuba, aquí en medio de este pueblo que se llama cubano, habrá que luchar contra nosotros mientras nos quede una gota de sangre.



•

Y un pueblo que tiene el valor de cualquier sacrificio en el combate, debe también tener el valor de cualquier privación, porque se equivocan también cuando creen que mediante represalias económicas nos van a derrotar.

•

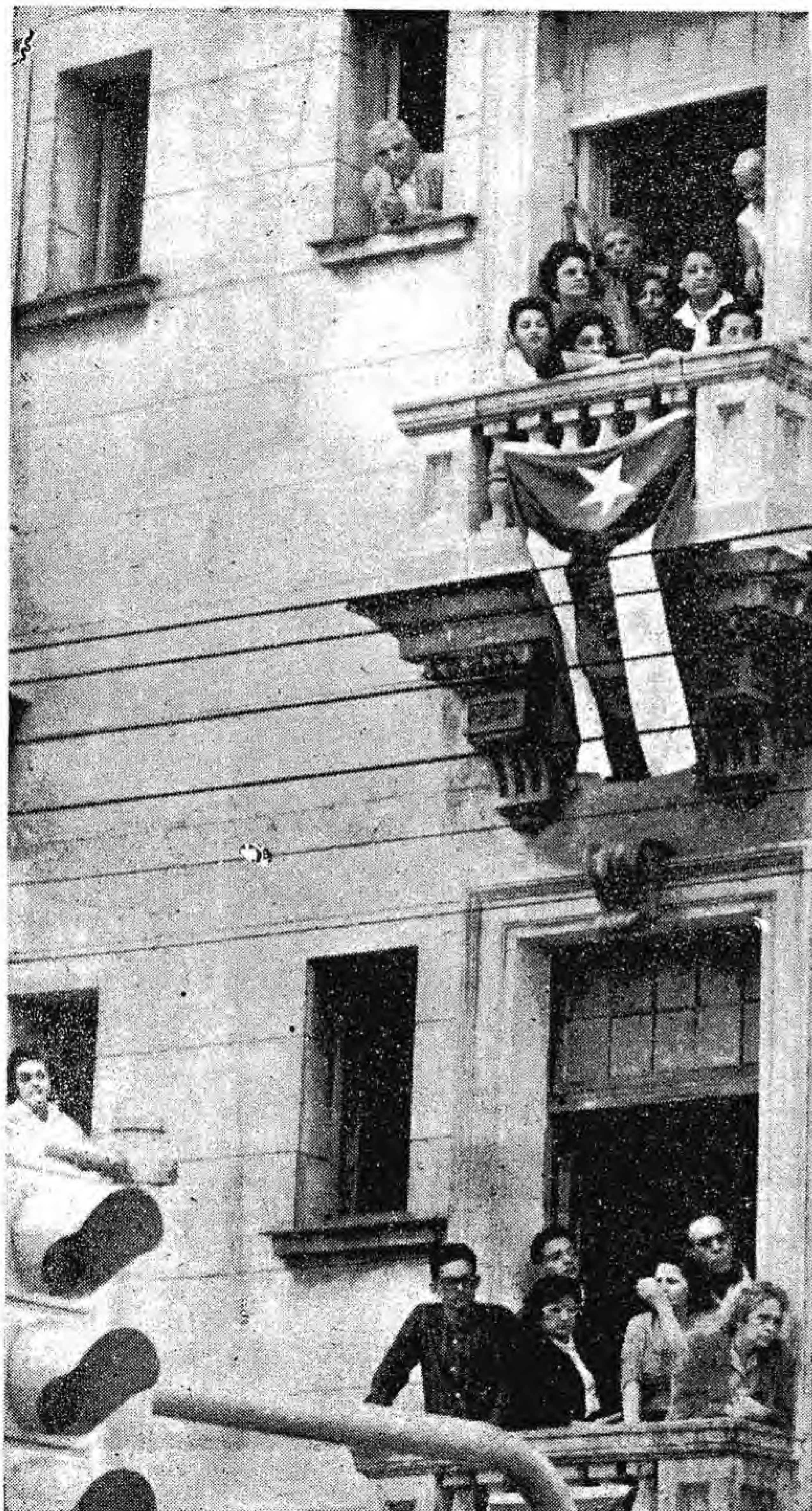
Pero más vale ser pobres pero ser libres, que ser ricos y ser esclavos; mucho más cuando aquí éramos esclavos y pobres y por lo menos ahora, somos pobres pero libres y algún día seremos libres y además ricos.

•

Así que a nosotros no se nos compra con ventajismos económicos y mucho menos cuando las ventajas económicas no las vió nunca nadie por ninguna parte, porque aquí lo que vió todo el mundo fué miseria, injusticia, explotación.

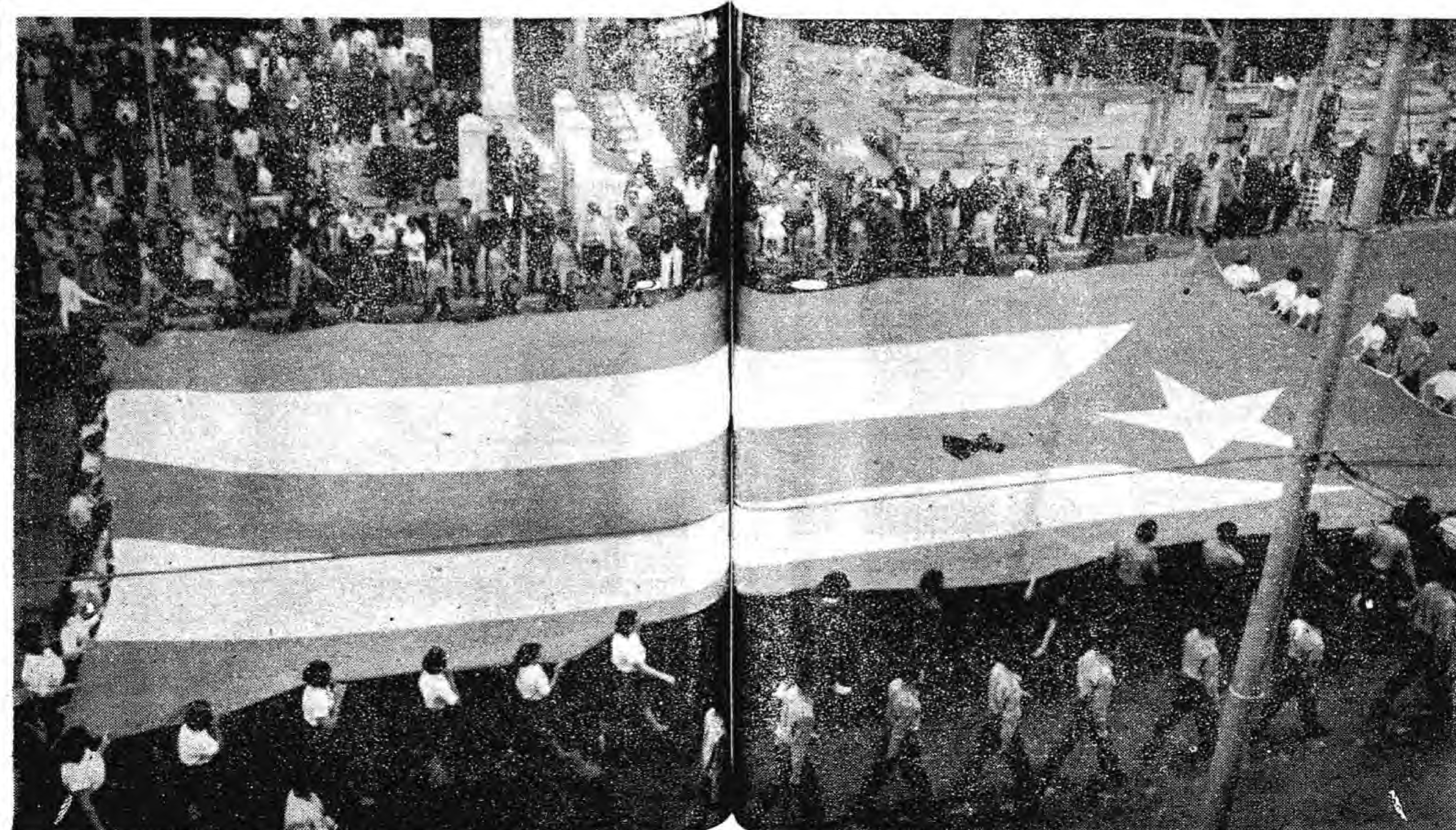
•

Cuba, nuestro pueblo, no ha hecho otra cosa que luchar contra esos males, no ha hecho otra cosa que esforzarse por superar esos males; no hemos hecho otra cosa que reclamar lo nuestro, no hemos hecho otra cosa que defender lo nuestro y a los nuestros. Y esa es la falta, a los ojos de la plutocracia internacional, la falta que ha cometido Cuba; defender lo suyo, a los suyos y a lo suyo frente a la explotación, frente a la colonización.











"Detrás iba el pueblo..." narra el texto sencillo de Martí aquel entierro guatemalteco de una niña muerta. Delante iba el pueblo, en el centro el pueblo iba y detrás también el mismo pueblo, dirá el que narra el entierro de un grupo de hombres cubanos, obreros, soldados.

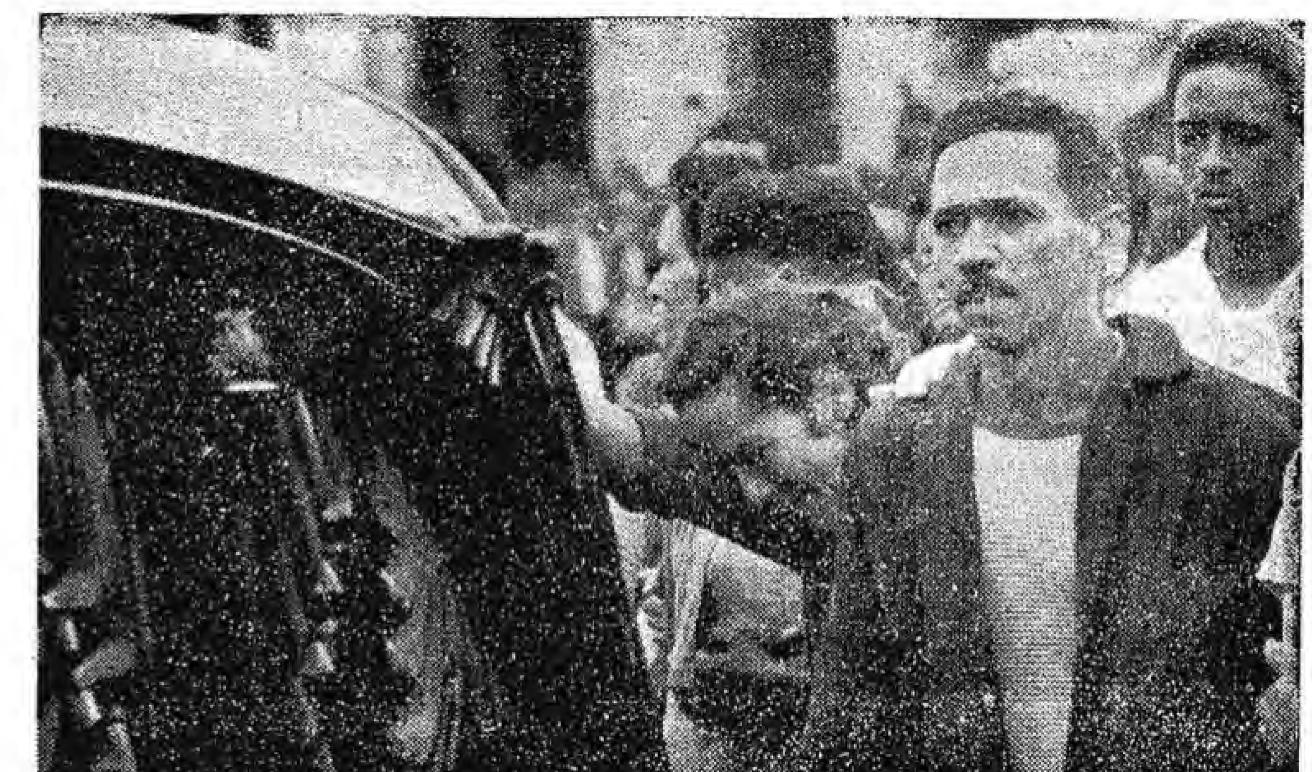
Es cierto que en este entierro faltaban obispos y embajadores, por eso era un entierro de pueblo; enteramente pueblo. Los muertos habían sido bestialmente asesinados cuando se entregaban a sus labores de hombres, de obreros y soldados cubanos. La mano asesina no fue escogida por la muerte, esa muerte en abstracto que puede ser una palabra más, sino por hombres, por otros hombres entregados a otro tipo de labor que no es de hombres. Enemigos de ese pueblo, de esos obreros y esos soldados cubanos.

Por eso los enterradores, esta vez todo un pueblo seguidor de sus líderes, de sus representantes legítimos, denunciaban con su presencia a los asesinos, desenmascarándolos. Iba el pueblo militante, el pueblo convencido de que esta muerte hay que derrotarla, hay que reducirla a la no muerte porque para eso andan los vivos juntos, apretados.

Y el pueblo no iba cargado de flores: las flores fueron puestas para alfombrar la calle por donde desfilaba el cortejo; los carros fúnebres, las carroza llenas de flores, los estudiantes, los soldados, los representantes del pueblo, las milicias populares uniformadas, los obreros de todos los oficios. En suma: el pueblo.

Un pueblo decidido, valeroso, que no desafía la muerte por miedo o heroismo, sino por conciencia, por conocimiento absoluto, por militancia revolucionaria.

Y esta vez no iba detrás, sino delante, porque todo el cortejo era pueblo y las banderas y los distintivos y las armas y los metales y tambores de la música, y el silencio y la gallardía y el valor y el respeto que acompañaba a los muertos asesinados era pueblo. Un solo, indivisible pueblo.



Y esa es la causa de que los aviones vengan, esa es la causa de la insolencia, cada vez más audaz, de los criminales protegidos por esa plutocracia; esa es la causa de que, mientras en ninguna parte del mundo los barcos estallen, mientras en ningún lugar del mundo los aviones bombardeen, en nuestra patria los obreros se vean amenazados en medio de su trabajo por una bomba de 100 libras, o se vean amenazados en medio de su trabajo, por una explosión apocalíptica.

•

Hoy hemos venido a concluir un día de los más tristes, sí, pero de los más firmes de nuestra patria, y de los más simbólicos. ¡Quién nos iba a decir hace 14 meses apenas, cuando cruzábamos con los soldados rebeldes de Oriente por estas calles, en medio de la alegría desbordante de aquel pueblo, que un día como hoy íbamos a tener que recorrer esas mismas calles, en medio de la tristeza y el dolor de ese mismo pueblo, para dar sepultura, entre un grupo de obreros, a un grupo de aquellos soldados que por aquí cruzaron portando los estandartes de la liberación nacional!

•

Grande ha sido la pérdida en estos catorce meses; compañeros entrañables e inolvidables que ya no están entre los que venimos tras los féretros, compañeros que en el cumplimiento del deber han desaparecido de nuestras filas, pero sin embargo, las filas siguen marchando, el pueblo sigue en pie.



Y hoy la Patria es un solo sentimiento, la Patria es una sola fuerza, la Patria es un solo grupo.

•

No hemos olvidado a esos obreros de Francia que cayeron en ese hecho vandálico producido por las manos asesinas, de los enemigos de los obreros, aquí y en cualquier parte del mundo, y que en el acto de ayer hermanaron la sangre francesa, de donde surgieron aquellos gritos de libertad en la primera Revolución grande de la historia moderna de la humanidad.

•

Lo que importa no son los claros en las filas, lo que importa es la presencia de ánimo de los que permanecen en pie.

•

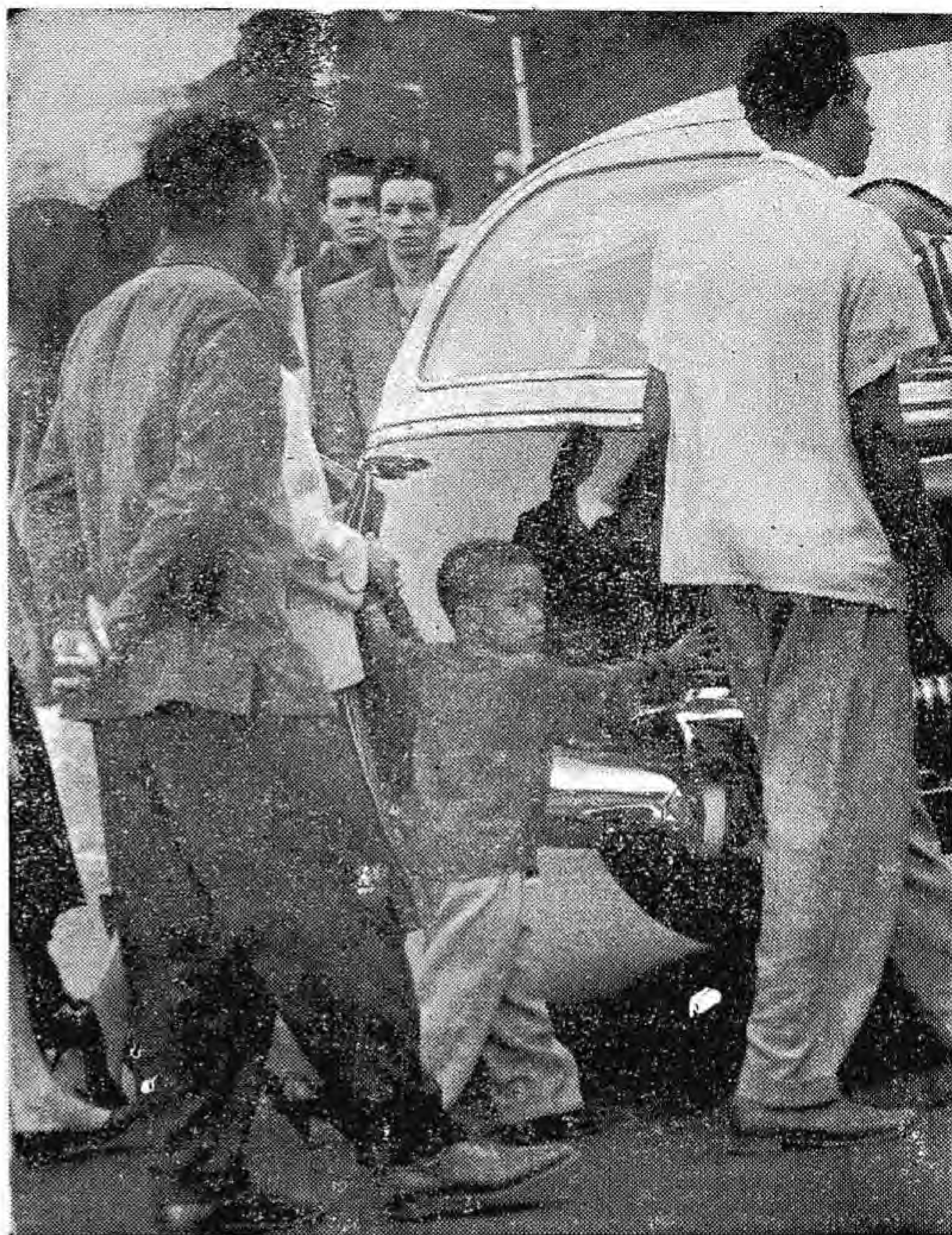
Y así, al despedir a los caídos de hoy, a esos soldados y a esos obreros, no tengo otra idea para decirles adiós, sino la idea que simboliza esta lucha y simboliza lo que hoy es nuestro pueblo. Descansen juntos, en paz; juntos obreros y soldados, juntos en sus tumbas, como juntos lucharon, como juntos murieron y como juntos estamos dispuestos a morir.

Y al despedirlos en el umbral del cementerio, una promesa que más que promesa de hoy, es promesa de ayer y de siempre: ¡Cuba no se acobardará, Cuba no retrocederá; la Revolución no se detendrá, la Revolución no retrocederá, la Revolución seguirá adelante victoriosamente, la Revolución continuará inquebrantable su marcha!



UN DIA INOLVIDABLE

por guillermo cabrera infante



Acababa de almorzar, y estaba lavándome las manos, cuando oí el ruido. Al principio creí que era una bomba, después pensé en un choque, y finalmente volví a pensar que se trataba de una explosión. Salí al balcón y entonces vi el "hongo". En algún lado alguien gritaba: "¡La atómica! ¡La atómica!" La columna de humo blanco se elevaba hasta medio cielo y ahora se ladeaba al viento. Desde el balcón de casa la cosa —la explosión, un "hongo" enano, la columna de gas, lo que fuera— parecía ser entre el edificio masónico y el Mercado Unico. "¡Vamos!", le grité a Roberto Branly.

En la calle la gente se agrupaba en las esquinas. Por el Malecón nadie parecía darse cuenta de nada. Como alguno dijo que era en la Compañía de Electricidad pensé absurdamente que se trataría del edificio que está frente a REVOLUCION. De todas maneras ya una vez habían hecho un atentado al periódico y nosotros temíamos que fuera esta vez otro atentado. En el camino, una emisora demasiado apresurada dijo que se trataba de la explosión de un tanque de la refinería Shell. Recordé que el humo era blanco y le dije a Branly que no podía ser petróleo, que el humo de petróleo ardiendo es siempre oscuro, que debía ser un polvorín, quizá San Ambrosio, "o ha estallado un barco con explosivos en la bahía", le dije. "Con explosivos o con productos químicos", dijo Branly. Lo curioso es que dentro de unos segundos sabríamos; y sabríamos que no andábamos tanteando en la oscuridad.

Belascoaín arriba había un gran tranque. De pronto oímos las sirenas. "Debe ser cerca", dijo Branly. El pequeño automóvil no adelantaba. Calle abajo venía una vieja corriendo y detrás un muchacho flaco. Le preguntamos: "Es una explosión", fué todo lo que dijo. Torcimos a la izquierda, bajamos contra el tránsito y dejamos el carro dondequiera. Caminamos hasta Reina y Carlos III. Sobre el contén, ladeado, había dos autos deportivos, los motores encendidos. Toda la explanada al frente estaba llena de gente: apiñadas sobre las aceras, paradas en las islas de concreto, agolpadas en los corredores. Por la calle bajaban autos, camiones, vagonetas, a gran velocidad. La primera impresión era que se estaba celebrando una carrera de automóviles. Pero la desesperación, el horror, la angustia de la gente decía que era otra cosa: una catástrofe, una hecatombe, algo terrible.

En el periódico nadie sabía nada. Todos los teléfonos estaban incomunicados por la congestión de llamadas de la calle. Los redactores, los fotógrafos, los obreros y empleados entraban y salían corriendo. Alguien llegó con una noticia: "¡Un barco ha explotado en los muelles!", dijo gritando. Branly y yo salimos a la calle. Por Carlos III arriba venían una, dos, tres ambulancias, a cien, a ciento veinte, a ciento cuarenta. En medio de la calle, tratábamos de detener cualquier máquina que nos llevara a los muelles. Todas iban a gran velocidad, evitando los grupos de carros que no sabían si doblar a la izquierda o a la derecha o seguir por la avenida. Civiles y policías dirigían un tránsito frenético. Detuvimos una ambulancia junto con un policía joven y delgado que también quería llegar a los muelles. La ambulancia no podía llevarnos. Detrás venía un carro patrullero. Montamos. Carlos III, Reina abajo la sirena de la ambulancia zumbaba delante, y detrás otra ambulancia nos encerraba en una cortina de aullidos. La calle estaba flanqueada por miles de caras, de ojos anhelantes que se encimaban a los vehículos que corrían con las luces encendidas a pleno sol, indicando que llevaban heridos. Ibamos a una velocidad terrible, pegados casi a la defensa trasera de la ambulancia y pegados a la delantera de la otra ambulancia. Torcimos por la Fraternidad y al llegar a Monte, el carro se fué contra la acera, frenando junto a la gente apelotonada en la esquina. Seguimos hasta la Terminal y al doblar pegado a las viejas murallas, vimos el humo, la candela, el verdadero centro del horror. La ambulancia siguió hasta el corazón del desastre, pero nosotros fuimos detenidos a cincuenta metros más o menos.

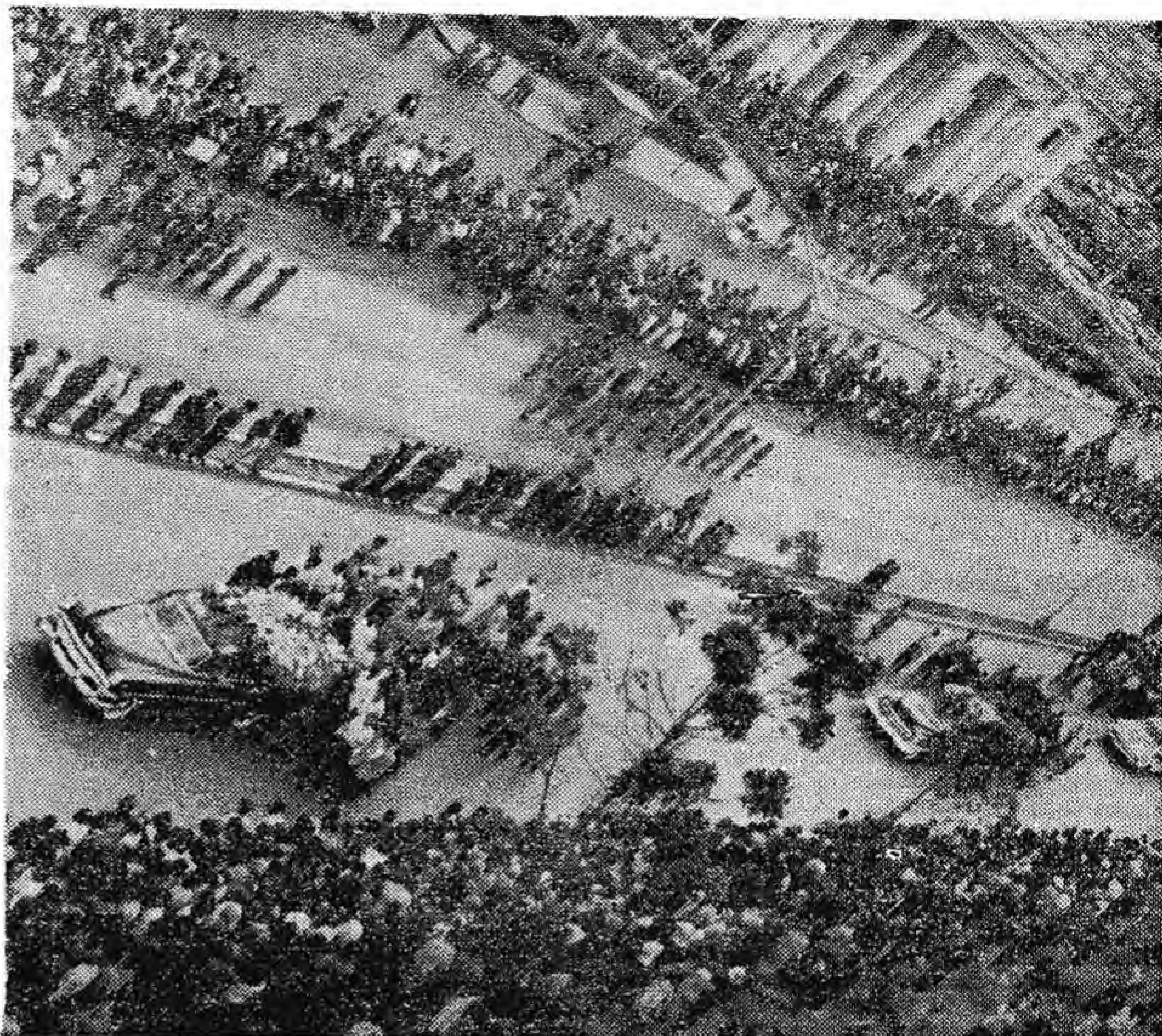
Al saltar del carro ví a Guillermo Jiménez, el comandante, el director de "Combate". Me preguntó que qué había, le dije que acababa de llegar. Se reunió más gente. Llegaban y salían ambulancias, y también camiones, máquinas, camionetas disparadas. Había un calor tremendo. Perdí a Guillermito y ví venir a un capitán rebelde lleno de tizne y sudor. "Allá dentro es una carnicería", no dijo más que eso y se tiró sobre la acera. Encontré a Mariano Camacho, de la escolta de Fidel, que apenas me reconoció. A mi lado pasó una ambulancia con un torso, un pedazo de hombre y una cabeza solamente. Volví a encontrar a Guillermo Jiménez. Venía con un periodista de Prensa Latina que no recuerdo su nombre "¿Tú sabes manejar esto?", me preguntó. Era una cámara de flash. "No", le dijé. "Quiero entrar a hacer una fotografía allá adentro", me dijo. "Dáme acá", dijo el periodista de Prensa Latina, tomando la cámara. "Yo voy contigo". En ese momento sucedió la segunda explosión.

Yo estaba de espaldas, hablando con Guillermito. El dijo una mala palabra y algo que yo no entendí. Comprendí que se trataba de otra explosión, porque nos habían avisado que abandonáramos la zona. Su cara enrojeció y al volver el rostro, antes de oir la explosión, pude ver que del barco se elevaba no una columna, sino una ducha, una catarata de fuego invertida. Momentos antes había visto los hombres que sacaban las cajas de balas y otro parque —porque ya sabiamos que el barco solamente traía municiones— de entre las llamas y las izaban una a una hasta la cubierta superior, rumbo a la proa del barco, que estaba levantada y encimada contra el muelle: el barco estaba partido en dos, pero yo no lo sabía, ni lo había podido ver bien y la impresión que tuve era que este barco blanco, nuevo, era demasiado grande para el muelle y había sido construido con una proa muy altiva. Los hombres que cargaban las cajas por las cubiertas de proa parecieron por un momento irreales, dibujados, porque se veían pequeños, afanosos cargando el mortal cargamento; y de pronto, antes de ver la cascada de lava, antes de oir la explosión, desaparecieron: no los volví a ver más; y más tarde, en la Cruz Roja, cuando una mujer buscaba a su marido que estaba en las patrullas de voluntarios para el salvamento, supe qué les había pasado: que simplemente se habían volatilizado hecho trizas.

Cuando sonó la segunda explosión todos echamos a correr. Recuerdo que la onda expansiva me volteó hacia la derecha y me hizo perder el equilibrio. Caí sentado y cuando traté de levantarme noté que me faltaba un zapato. Estúpidamente me puse abuscarlo a gatas. Entonces la gente que venía corriendo me tiró bocarriba; alguien me pisó en la mano, y otro alguien me puso un pié en la pierna, y otro alguién más me aplastó la rodilla. No sentí dolor, ni miedo ni absolutamente nada, sino que me puse a mirar cómo ascendía el abanico de fuego y cómo la metralla avanzaba, lenta pero ominosamente sobre nosotros. Alguien gritó: "Al suelo! ¡Al suelo!" Me levanté y eché a correr, seguí corriendo y me guarecí tras un árbol. Por dondequiera caían fragmentos de metal. Comprendí que no era muy sabio tomar un árbol incipiente como refugio y seguí corriendo.

Había perdido a Branly en la explosión y no lo volví a ver hasta por la noche, en el periódico. Cuando me detuve, ví a Dorticós y a dos o tres personas más que conocí y creo que a Pardo Llada. Todos lucían consternados. De

pronto, sin aviso, la gente volvió a avanzar sobre el barco y yo fuí tras ellos. Corríamos en grupos en dirección inversa, hacia el barco, hacia los nuevos destrozos, cubiertos de ceniza de pies a cabeza. Una mano me cogió por el brazo: "A dónde va?" "Soy periodista", dije. "De REVOLUCION". "No puede pasar", me dijo la mano. "Nadie puede pasar. Nada más que las patrullas de salvamento". Alguna gente regresaba, seguida por soldados que gritaban: "Atrás! ¡Atrás!" Retrocedimos hasta el parqueo del Archivo Nacional. Ahora podía oir el estallido continuo de las balas y veía las trazadoras elevarse hasta el cielo. A menudo, el traqueteo de las balas se hacía más intenso.



"¡No puede haber ninguna máquina en los alrededores!", decía un oficial rebelde. "Por favor, compañeros, desalojen el área. Se teme otra explosión", seguía diciendo. Otros soldados se le unieron y las máquinas comenzaron a andar, abandonando el lugar. Dorticós y su grupo también era desalojado hacia el edificio del Archivo. Antes de irme por una calle lateral, ví una ambulancia —verde y blanca, pequeña, idéntica a la que corría ante nosotros— que salía torcida y con los cristales en añicos. A lo lejos algunos cargaban un herido.

En la calle —Picota o como se llame— todas las persianas metálicas estaban abombadas en una acera y comprimidas en la otra: posiblemente la onda de concusión las había torcido. Todas las calles estaban llenas de escombros: pedazos de balcón, trozos de repecho, muros de azoteas derribados por la explosión. "Caminen por el centro de la calle", advirtió alguien con autoridad. "Cuidado con los balcones y las puertas". Seguí por la calle, doblé a la izquierda y traté de regresar al barco por la explanada de la Terminal. Había más soldados impidiendo el paso. En un bar —abierto por la explosión, porque no tenía puertas ni persianas y dentro todo estaba en pedazos— asombrosamente dos o tres hombres tomaban cerveza. Salí por la otra puerta a tiempo para ver a Charles Menchero con un fotógrafo de "Diario Libre". Los llamé. Luego Charles me dijo que nunca había visto una cara en que estuviera mejor impreso el horror y la consternación. Pasó un carro-altoparlante. "Desalojen el área, señores, por favor". Siguió lento y se cruzó con otro carro altoparlante en que venía una muchacha al micrófono. "Desalojen toda el área, por favor. Esta zona es de extremo peligro. Se temen más explosiones". Charles y yo seguimos caminando y Charles se empeñaba en caminar por el centro de la calle, por donde avanzaban las ambulancias a toda velocidad. "Por aquí hay menos peligros", decía y lo volvía a repetir. "Abandonen toda esta zona", repetía el carro un poco más lejos, hacia la explosión. "Se espera una explosión aún mayor que la primera. Que todos abandonen esta zona. Civiles y militares. Solamente deben permanecer en ella los que estén en las labores de salvamento".

Encontramos a Marino Bueno, el fotógrafo de REVOLUCION. Iba a la Casa de Socorros de Corrales. Caminanos por todas aquellas calles y diez cuadras más allá todavía había vidrieras rotas y puertas desgonzadas. Cuando llegamos a la Casa de Socorros había un enorme gentío frente a ella y dentro había también gente: periodistas, médicos, familiares, heridos. "Aquí hay diez muertos", dijo alguien. Había diez muertos. O mejor: habría diez muertos. La puerta debajo del letrero que decía "Morgue" se abrió y todos fuimos a entrar, pero nos paralizamos en la puerta: dentro, en el piso, en camillas, dondequiera había una pierna, un muslo desgarrado, intestinos confundidos entre la carne y la sangre, una cabeza y dos o tres troncos, medio cuerpo de un hombre y no recuerdo cuantos horrores más nutrían aquella visión terrible. Solamente recuerdo que todos los despojos estaban teñidos de verde. Nunca sabré si era por los azulejos del cuarto o por la explosión, porque no miré mucho tiempo.

Salimos a la calle y respiramos. Allí cerca estaba la camioneta negra y roja de REVOLUCION. Marino iba al segundo Centro de Socorros y nosotros con él. Ya éramos como diez personas y solamente cabían tres personas en la parte delantera de la camioneta. Algunos nos metimos dentro, detrás, donde van los periódicos corrientemente. El interior de la camioneta está pintado de un gris de catafalco y cerrado, viendo pasar los balcones por el reducido ventanillo trasero, parecía de veras un atúd con ruedas. Debajo de mi, que me había sentado en el suelo, la calle se escurría, patinaba, frotaba las gomas e impulsaba, balanceaba y hacía crujir el carrito. Llegamos a la Casa de Socorro de San Lázaro. Aquí había menos gente. Fuímos hasta el fondo, hasta el cuarto necrocomio. En una mesa había dos hombres, muertos. Eran gente muy humilde, vestidos malamente y con zapatos viejos y rotos. Un oficial de la casa registró sus bolsillos y encontró tres pesos arrugados en el bolsillo del muerto blanco y una cuchilla vieja y algunas monedas en el bolsillo del mulato muerto, y un pañuelo rojo. No tenían una sola herida ni una quemadura, pero estaban muertos "¿De qué murieron?", pregunté. "Eso se sabrá en la autopsia", dijo el médico, muy impersonal. "Pero no tienen nada", dije. "¿Nada?", dijo. Y levantó el pantalón a uno de ellos y palpó la pierna: tocaba solamente carne: la pierna no tenía huesos, ni la otra tampoco: todos los huesos de aquel hombre estaban partidos. "Tiene cientos de fracturas", dijo el médico y agregó: "Y posiblemente todos los órganos estallados". Iba a preguntar qué cosa fué, que había hecho papilla a aquel pobre hombre, pero antes de hacerlo el médico me dijo: "Compresión".



Regresamos a la calle. Marino y no sé si Charles y toda la otra gente siguieron a otras Casas de Socorros.

Yo me quedé recostado un momento a la pared. Estaba cansado, me dolía todo el cuerpo y tenía ganas de vomitar. Me senté en la acera. Una viejita pasó por mi lado y se detuvo y me preguntó que si me pasaba algo. Yo no le puede contestar. Seguí así unos minutos y otras gentes me preguntaron que qué me ocurría y tampoco pude responderles. Esta es la respuesta. He tratado de que sea simple, directa, objetiva, pero que refleje el horror, la náusea, la atmósfera de Apocalipsis que acababa de ver y que de alguna manera fuera también una queja por la muerte de aquellos hombre pobres, humildes, anónimos; un saludo al heroísmo, al valor probado frente a la muerte del pueblo cubano y una denuncia contra la mano criminal —cualquiera que fuera, dondequiera que esté, como se llame— que había desatado el horror, la náusea, el Apocalipsis. En eso pensaba allí en la acera y eso es todo.

INFIERNO INESPERADO

por virgilio piñera



Hasta el barco tenía un nombre siniestro... Uno no puede dejar de lado estas consideraciones, que en otras circunstancias parecerían puerilidades. Si como es lógico suponer la causa del desastre se debió a la acción de una mano criminal, entonces pensar en lo reptilesco, en lo agazapado en la sombra se impone a nuestra conciencia y nos sacude con la misma tremenda fuerza que la sobrevenida en el barco La Coubre.

Para hacer todavía más sombrío el infierno inesperado en que nos sumieron las fuerzas desencadenadas del crimen, los habaneros, que se disponían a disfrutar de los agrados del Carnaval, se vieron, sin previo aviso, metidos de pronto entre quejidos, entre imprecaciones, entre un barco que estallaba y una espesa nube de humo que se levantaba hacia lo alto como clamando venganza: confusión, terror, brutal revelación que de pronto se instala en unestro corazón para decirnos que la vida ha abandonado su ritmo normal y que entramos de lleno en el espanto. ¿Es posible cuadro más pavoroso? A pesar de que ya conocíamos en carne propia lo que es una guerra, a pesar de que casi a diario se nos ametralla, no obstante no somos una nación que está en conflicto bélico con otra. Y, sin embargo, de esto se trata, nos han declarado la guerra. Pero no una guerra con todas las de la ley, por el contrario, una guerra, que por encubierta, es "si cabe" más cruenta que las declaradas. Y algo peor, algo que ante un tribunal de los hombres no escaparía a la peor de las condenas. Me refiero a esa guerra, dirigida contra la población civil.

En suma, ¿cuál es la máxima gravedad del desastre del muelle del Arsenal? Pues nada menos que la muerte violenta de docenas de civiles. ¿Se trataba de soldados atacando una posición enemiga? ¿Acaso los soldados rebeldes que descargaban esos pertrechos los tomaban en sus manos para sembrar en el mismo momento la confusión de la muerte? ¿Esos braceros, esos estibadores estaban disfrazados de tales y se dedicaban al asesinato a mansalva del género humano? Por el contrario, estaban allí simplemente para la descarga de un buque, cada uno de ellos cumpliendo con su deber.

Entonces, ¿dónde estaba el enemigo, ese enemigo que no puede verse porque nunca da la cara? Pues muy sencillo, no podía verlo nadie porque ya había dejado su máquina infernal y se había marchado con esa sucia tranquilidad propia de los grandes carniceros. Uno se pregunta, ¿cómo es posible que exista un ser humano capaz de aniquilar a otro ser humano con tanta premeditación y alevosía? ¿cómo y por qué medios puede uno lavarse las manos y dormir después a pierna suelta? Ese enemigo —representado en el momento de la explosión por una bomba reloj, por un detonador o lo que sea— ?actuaba por si solo? ¿Se trataba de un loco, de un incendiario neroniano que quería darse el lujo de ver saltar por los aires a un montón de humildes trabajadores? Si ello fuera así, con ser condenable, tendría la triste justificación de la locura. Pero es el caso que ese henemigo, —inescrutable, impune, reptilesco— ese enemigo, digo, era la continuación de otro enemigo, más poderoso, más avieso y, sobre todo, más criminal. Porque, digámoslo sin rodeos, la explosión de ese barco es un affaire de política. Si la explosión se debe a maquinaciones de los Estados Unidos... Pero hagamos antes unas consideraciones: hemos sido atacados en numerosas ocasiones por aviones procedentes de esa nación; esa misma nación nos amenaza con restricciones económicas, esa misma nación permite la permanencia en su territorio de criminales de guerra del pasado régimen. Entonces, y aunque uno se esfuerce en conservar toda serenidad de juicio, aunque uno recuerde las grandes acciones altruistas de esa gran nación, no puede por menos que sospechar de ella. Y a mayor abundamiento porque Fidel en su discurso en el cementerio dijo por lo claro que esta nación por mediación de su agregado militar había ejercido presión sobre el gobierno belga. Y si esto fuera así, si los americanos son los autores intelectuales de este gran crimen, entonces habrán borrado de un plumazo todas las grandes, bellas acciones de su historia.

¿Qué justificación ofrecerían? Cuando arrojaron la bomba atómica en Hiroshima pudieron decir que lo hacían para salvar a la humanidad. Aunque esto sea un poco difícil de tragar, con todo, es un justificativo. Había una guerra declarada entre este pueblo y el Japón. Miles de vidas norteamericanas eran segadas a diario. El nazismo amenazaba y estaba a punto de hacer estallar los cimientos de la sociedad. En una palabra, había que dar jaque al enemigo. Y la bomba atómica hizo sus horrendos estragos. Pero, ¿qué justificación proponer para este crimen masivo, que no lo olviden, contará entre los grandes crímenes políticos del siglo?



Una nación pequeña, que acaba de sostener una lucha cruenta contra un tirano, que desea vivir en términos de paz con el resto de las naciones, una nación que quiere labrarse su propio destino, que quiere tomar libertad de acción, vida económica propia, en una palabra, que recaba una soberanía propia, es objeto de los más despiadados ataques, de las intrigas más tenebrosas, de los crímenes más tremendos. A Cuba se le perdonaba la vida porque hasta el treinta y uno de diciembre de mil novecientos cincuenta y ocho era la mansa ovejita del manso rebaño; porque nos limitábamos a malvender nuestro azúcar, porque permitíamos que nuestras tierras fueran usufructuadas por los vecinos del Norte, porque nos gobernaban a través de quislings vendidos a su oro. Entonces, si usted "se portaba bien", si se arrodilla, si se deja esclavizar, el amo estará contento y de vez en cuando le arrojará un mendrugo. Ahora bien, si la situación cambia, y si cambia de modo radicalmente opuesto, entonces, ¿cuál no será el furor, la rabia de ese amo? Parece que los americanos desoyen las lecciones de la Historia; con mente típicamente feudal se empeñan en hacer perdurar una situación que hace rato está en el mundo puesta de lado. No se trata de que una nación sea grande o pequeña, de que tenga o no tenga tanques, de que tenga o no cohetes teleguiados. De lo que se trata y se ventila es que toda nación tiene el pleno derecho a solucionar sus asuntos por sí misma. Y por esta pretensión más que justificada se nos ametralla; por esta autodeterminación nos explotan barcos cargados de metralla en la cara del pueblo. ¿Es posible que prosigan estos ataques? Porque si el crimen de estado es progresivo, entonces mañana o pasado podremos tener en el cementerio de Colón cinco o diez mil cadáveres.

¿Qué son, para gente decidida a lo peor, cinco o diez mil cubanos muertos? Pensarán que la posesión del azúcar, de la tierra cubana vale más que unos cuantos miles de cubanitos muertos. Y si el mundo no se ha convertido en una horda de matones, entonces tendrá que protestar, que poner coto de alguna manera a ese Armagedón velado que los americanos nos hacen.

¿UNA HORA ANTES O UNA HORA DESPUES?

pro josé a. baragaño



¿Por qué? ¿Para qué? Y después, ¿qué? Estas preguntas eternas del hombre, se convierten en algo cuotidiano ante los sucesos de que hemos participado en estos días. ¿Qué sentido puede tener colocar un detonador junto a los explosivos que han de manejar obreros que no tienen otra culpa que la de crear la vida con la práctica de su trabajo? ¿Para qué hacer estallar unas toneladas de explosivo que en definitiva no son suficientes para desarmar a un ejército que dará la cara heroicamente en el futuro o mañana mismo, como supo darla ayer en las montañas y en los llanos? ¿Y después de asesinar decenas de obreros, de destruir bienes materiales, de sembrar el dolor en todo un pueblo, qué aspira a hacer el enemigo? No creemos que cuenten con planes que brillen por su sana inteligencia. Nos inclinamos a creer que esa acción es el producto de una importancia fundamental de la decadencia definitiva de un sistema político y de una forma de vida.

Pero la justicia es un concepto universal o no es nada. Me cuentan que en la ciudad de Washington existe un monumento a los caídos de Iwo-Jima que tiene la inscripción de todas las intervenciones norteamericanas, efectuadas por la llamada **Infantería de Marina.** No concibo nada más absurdo. Es lo mismo que si Francia levantase un monumento a los torturadores de Argelia o un homenaje a la infamia. Los caídos de Iwo-Jima de ambas partes merecen mi respeto, pero, ¿qué persona digna puede respetar a un cuerpo de ejército que se há significado por ser la mano de verdugo del imperialismo norteamericano? El caso está cargado de significación: la **Infantería de Marina** es el signo del capitalismo imperialista norteamericano, y el estado norteamericano al levantar ese monumento se hace solidario de la acción criminal de ese cuerpo durante todas las intervenciones o agresiones asesinas que ha realizado en Latinoamérica.

¿Qué se puede esperar de un sistema político que tiene como héroes a una legión de piratas? No se puede esperar otra cosa que la agresión, que el asesinato indiscriminado de obreros y soldados del pueblo de una nación que se caracteriza por su espíritu, por su voluntad de construir y de combatir la miseria. En todo eso interviene también un elemento de engaño, de infección mental del norteamericano, del obrero norteamericano que a base de propaganda y de mentiras deja de ser solidario de sus hermanos del resto del mundo, para servir con su trabajo a esa acción suicida desde el punto de vista de la numanidad, del hombre como totalidad.

Los sucedido después del triunfo de la Revolución Cubana, las continuas agresiones de que ha sido objeto este pequeño país de parte de los Estados Unidos, sirven para develar la verdadera naturaleza del gobierno de esa nación, o por lo menos de una parte muy influyente y decisiva de ese gobierno. Parece que los Estados Unidos conciben la vida continental bajo una especie de **paz americana,** en la que los pueblos no podrían opinar ni actuar libremente sin el riesgo de sufrir una **guerra americana,** calificada de intervención, que representa en su total contenido una aniquilación de las fuerzas progresistas y creadoras de Latinoamérica, en nombre de una democracia teórica, de una libertad palabrera, y de una sumisión consolidada por la miseria.

Los Estados Unidos consideran como una agresión cualquier intento de elevación del nivel de vida, de extensión de la cultura y de fortalecimiento de los regímenes nacionales. Contra aquellos que intentan esas acciones se desatan los indignos caudales de la prensa norteamericana, las represalias económicas y las agresiones militares. En fin de cuentas, los Estados Unidos, la parte más influyente de la política norteamericana, se han decidido, hasta el fin de esta historia que vivimos, a hacer la vida inhumana e invivible, hacernos escoger entre la muerte y la barbarie. Y entre la barbarie inhumana y la muerte los hombres siempre han escogido la muerte.

Gracias a esa concepción del mundo de la política norteamericana los pueblos latinoamericanos se han visto obligados a vivir entre la guerra y el terror, entre la afirmación de la nacionalidad y la humanización de la vida mediante una libertad conseguida en el proceso revolucionario, y el terror impuesto por los contingentes militares enviados o apoyados por los norteamericanos. Los Estados Unidos nunca han sido remisos a apoyar o solicitar la tortura y el terror de parte de los regimenes títeres implantados en los países colonizados de América.

En el Imperio Norteamericano de latinoamérica la tortura y el crimen han sido el medio y el fin de la política imperialista. Cuanto más degradada y destruída ha sido la vida en esos paises más plenamente se ha desarrollado la concepción imperialista norteamericana del mundo.

Todo eso, desde luego, ha sido disimulado bajo una leve película ideológica que viene del siglo XVIII, de la Revolución Norteamericana y que ha sido torpe e impunemente aplicada por el imperialismo. Se habla —se habla— de democracia, de derechos humanos, de libertad. Pero la democracia se aplica a través de los tiranuelos nativos y de los cuerpos de represión, los derechos humanos son las cámaras de tortura, y la libertad consiste en admitir libremente la intervención norteamericana en los sitios más recónditos de la vida nacional.

Para mantener esos prestigios los Estados Unidos recurrirán lo mismo al empleo de las armas nucleares, que a la destrucción de la democracia de Guatemala o al asesinato de decenas de obreros en el Muelle de Tallapiedra, en La Habana. Los Estados Unidos reciben continuamente huéspedes ilustres: basta ser un especialista en torturas y asesinatos, un Ventura o un Masferrer cualquiera para obtener asilo y honores en los Estados Unidos.

El Congreso de los Estados Unidos, olvidando que es una institución que representa a cientos de millones de ciudadanos honestos, trabajadores y creadores, se enorgullece en recibir a un desertor y traidor a las fuerzas armadas y al pueblo de su país, que responde al nombre de Pedro Luis Díaz Lanz. Allí se habla continuamente de la ley y las instituciones, pero el gobierno se las arregla con todas las mañas tenebrosas para violar esa ley y esas instituciones, dando entrada "ilegalmente" a un asesino de obreros, José Eleuterio Pedraza.

Por otra parte quieren establecer una división mitológica y medieval entre el Bien y el Mal. Los pueblos latinoamericanos, pueblos pobres y amantes de la paz, tienen que ignorar la mitad del mundo, porque esa mitad representa al Mal. Ese maniqueísmo adaptado a las necesidades comerciales y militares de los Estados Unidos obliga a nuestros pueblos a abandonar mercados y beneficios para nuestros productos y a condenar cualquier intercambio cultural o diplomático con esos países. Ese es el "humanismo" norteamericano, la condenación de la mitad de la humanidad, y de la cultura, la deshumanización absoluta de la vida.

Los Estados Unidos se "hacen" los "asustados" ante el hecho de que una pequeña nación cuyas fuerzas militares son mínimas procure obtener un máximo de seguridad nacional adquiriendo armamentos donde quiera que se los vendan. Los Estados Unidos saben que poseen uno de los aparatos militares más poderosos de la tierra, que por mucho esfuerzo que haga el pueblo de Cuba por armarse no contará con recursos suficientes para ser un peligro ni para los Estados Unidos ni para ningún pueblo de América. Pero los Estados Unidos gritan, vociferan, amenazan, se "sienten amenazados". Tienen una misteriosa y sospechosa tendencia a la histeria, al miedo a la agresión, que no es más que pura hipocresía para agredir. Cuba se arma, dicen, pero el armamento con que pueda contar Cuba es inferior al que trasladan ostentosamente las fuerzas armadas de ese país a cualquier país colonizado del Caribe.

¿Qué se desprende de todo eso? La agresión está preparada, y no espera nada más que a crear las condiciones diplomáticas necesarias para desencadenarse. Las bombas de Napalm, los lanzallamas, los aviones atómicos están preparados: todo el instrumental asesino, todo el material de exterminio está preparado. Se sabe que sólo se recibirá la respuesta de los fusiles más o menos modernos. ¿Qué importa a los que lanzaron bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki provocar una masacre en un pequeño país del Caribe? La amenaza es tan grande, tan feroz, que a los cubanos no le importa. La desproporción de la amenaza termina por hacer pesar de la densidad del ser nacional de tal manera, que el cubano sólo espera el momento para provocar una reacción defensiva en cadena, para realizar definitivamente el alma nacional ante el enemigo, ante el imperialismo asesino. Cuando el hombre llega a ser totalmente le importa poco la vida, porque no soportaría una degradación de su conciencia política en la derrota.

Todo esto significa que el complejo de intereses norteamericanos, que la agresión armada significa poco para nosotros. Estamos dispuestos a morir con dignidad. Porque a pesar de todo la victoria puede ser nuestra, tenemos armas y en tres guerras victoriosas a su manera nos hemos acostumbrado a apoderarnos de las armas del enemigo. De todos modos ¿qué sentido tiene vivir bajo el terror y la amenaza? La vida bajo el terror no tiene otro sentido que el combate. Los escritores y los artistas no podemos escribir ni crear bajo un régimen que no sea nuestro actual estado de libertad, la humanización de la vida que ha traído la Revolución Cubana. Ningún pacifismo iluso nos interesa, porque en una circunstancia como ésta, ante la agresión imperialista, el pacifismo es traición a lo mejor y más decisivo en el hombre. La deshumanización de la vida tendría que producirse sobre nuestra muerte, porque la vida total de estos momentos para los que la hemos vivido es suficiente por sí misma. Sabemos que estas palabras son un compromiso definitivo, pero la mayoría de los intelectuales estamos comprometidos con la Revolución desde el primer día. Y sólo en esa forma la vida cobra su sentido, vive en una dimensión absolutamente moral y absolutamente humana.

No queremos volver a aquellos días en que cualquiera de nuestros amigos era torturado, en que los mejores de nuestra generación caían al costado de las Universidades o en las estribaciones de la Sierra Maestra. Tenemos un compromiso con el futuro, pero tenemos un compromiso aun mayor con el pasado. No podemos admitir la pesadilla de que los campesinos vuelvan al sistema esclavista que perduró hasta el primero de enero de 1959. No podemos admitir que los rompehuelgas y los traidores al proletariado vuelvan a dirigir la Central Sindical. No podemos admitir la alienación de nuestras vidas que significaba el tener que mirar con odio a los soldados que llevaban el uniforme de la República. No podemos volver a aquel tiempo en que escribir era una maldición, en que pensar era agredir al sistema social. Estamos dispuestos a morir por lo que todos hemos conquistado, por lo que todos defenderemos.

Porque después del cataclismo ni la vida ni la poesía tendrían sentido. Hemos ganado la paz y la libertad, y estamos dispuestos a mantenerla mediante la guerra y la destrucción del Terror. No aceptaremos que nos lleven de la Guerra al Terror y del terror a la Guerra. Tenemos fe absoluta en el pueblo de Cuba, en los obreros que son capaces de morir en una explosión y en la trinchera. En nuestro ejército y en nuestras mujeres. En la totalidad de la patria amenazada. En estos momentos en que nuestra vida se hace más densa, en que nuestro lenguaje cobra la realidad completa, ni abandonaremos el combate ni callaremos. La República, el Ejército, el Pueblo, La Revolución, la vida total cuando se hace humana puede y debe contar con nosotros. Siempre dispuestos a comenzar.

R

ALGUNOS PROBLEMAS DEL EJERCITO NORTEAMERICANO

por claude julien

Ahora que los "marines" hacen prácticas de "desembarco en una isla" (en Puerto Rico) y se instruyen en la "lucha contra guerrillas" (en "algún punto del Caribe") o simplemente, visitan alegres a Ciudad Trujillo o trajinan por entre los burdeles de Colón, Panamá, es bueno conocer un poco de cerca la organización que controla, dirige y ordena estos militares de seres humanos, que son la avanzada, el puntal y los centinelas del Imperialismo.

El autor del libro es el conocido periodista francés Claude Julien. Redactor importante de "Le Monde", católico, convencido, Julien está muy lejos de ser un comunista o un enemigo acérrimo de los Estados Unidos. Esto lo decimos porque Julien ha sido visita de Cuba Revolucionaria hace muy pocos días.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los grandes jefes ocupan funciones de primer orden en el gobierno, las embajadas, al frente de las grandes empresas industriales y de ciertas instituciones de enseñanza. La administración federal y la administración de las sociedades anónimas poseen numerosos rasgos comunes, se trata de sus estructuras de organización, de la dispersión de responsabilidades, o de un sistema de reclutamiento que tiende a preferir a los hombres excepcionales a personajes a veces mediocres y en todo caso desprovistos de una fuerte personalidad. Pero la más vasta, la más pesada de las administraciones es aún la del Pentágono, cuyos edificios constituyen **the world's largest office building** y abrigan 29 mil empleados en tiempos de paz, 33 mil en tiempos de guerra.

Hemos mencionado la ineficacia que en el dominio de la producción de amamentos hunde esa demasiado pesada maquinaria administrativa. Pero el aparato militar americano conoce otras debilidades que es indispensable conocer para hacerse una opinión no solamente sobre ese aparato mismo sino sobre la sociedad de la que es emanación. Sus debilidades se explican históricamente y sociológicamente.

LA "GRAN" GUERRA

Para los americanos la "Gran" guerra no es como para los franceses, la de 1914 a 1918, sino el conflicto que de 1861 a 1865, opuso el Norte al Sur. Contrariamente a la Primera y a la Segunda Guerra mundiales, la guerra civil se desenvolvió en el territorio de los Estados Unidos, aportando al corazón del país inmensas destrucciones. Es la que provocó el mayor número de pérdidas humanas, como lo muestra este cuadro.

PERDIDAS AMERICANAS EN LAS PRINCIPALES GUERRAS

	V. de comb.	V. de muetros
Revolución (1775-1783)	250,000	4.435
Guerra civil (1861-1865)	3.500.000	498.332
Guerra hispanoamericana	306.760	2.446
1ra. Guerra mundial (1917-1918)	4.734.991	116.516
2da. Guerra mundial (1941-1946)	16.112.566	405.399
Guerra de Corea (1950-1953) . .	5.720.000	54.246

Los Estados Unidos, a pesar de que reclutaron efectivos cinco veces superiores, han tenido menos pérdidas durante la Segunda Guerra Mundial que durante la Guerra Civil. A pesar del paso del tiempo, aquélla les dejó sufrimientos espantosos, a la vez, que fué particularmente asesina porque se desarrolló entre ellos. En relación a los efectivos reclutados, el promedio de mortalidad fue alrededor del 14 por ciento durante la Guerra Civil, y del 2.5 por ciento solamente durante la Segunda Guerra Mundial. A título de comparación, es suficiente recordar que de 1914 a 1918, Francia tuvo el 18 por ciento de sus combatientes muertos por el fuego.

Por otra parte el desarrollo de la fuerza militar americana es un fenómeno extremadamente reciente. La víspera de Pearl Harbor, los Estados Unidos, con 131 millones de habitantes, no tenían más que 300 mil hombres sobre las armas.

UN SISTEMA INFORME, SIN ROSTRO Y ANONIMO

Esa tarea delicada, los Estados Unidos han debido realizarse sin apoyarse sobre la experiencia ni sobre una tradición. De ahí provienen los defectos tremendos de la organización militar norteamericana. Como una sociedad anónima o un departamento ministerial, está aplastada por una burocracia pletórica, por una dispersión de responsabilidades, por la multitud de despachos y comisiones que deben ser consultados, en fin, por la rivalidad que a pesar de textos recientes destinados a ponerle término, continúa oponiendo entre ellas a las tres armas.

Resulta un indiscutible malestar que, por ejemplo, el mayor George Fielding denunciaba en el **American Mercury** (marzo de 1954), bajo el título revelador: "El Ejército americano ha perdido su alma".

El autor de este artículo afirma que es tiempo de que los EE.UU. decidan si lo quieren entre: "un ejército cuyas cualidades combatientes sean dignas de confianza, o una burocracia de uniforme". Deplora que "el objetivo central actual parece ser la reunión de todas las palancas de mando entre las manos de una organización centrada en el Pentágono". Esa tendencia tiene por efecto reducir progresivamente "el campo dejado a la iniciativa, al ejército de la responsabilidad individual por los mandos de los regimientos, de batallones, de compañías y de baterías, sin hablar de tenientes". Cada uno deviene así "un rodaje en la vasta mecánica del sistema".

El ataque es el mismo formulado algunos años más tarde por William White (The Organization Man) contra las empresas industriales gigantes.

No escuestión de negar la necesidad de una centralización en ciertos dominios donde el equipo moderno la hace indispensable, especialmente en la edad de las armas termonucleares y los cohetes intercontinentales. Pero esas necesidades estratégicas no condenan al combatiente a transformarse en un mecanismo anónimo. Si ha sido reducido a ese rol, es porque el ejército norteamericano es también el producto de una civilización de masas que, en nombre de una eficacia material (a veces discutible, se ha visto), llega a dudar de las personalidades que no estarían conformes con las normas más o menos arbitrariamente establecidas. El ejército, como una gran empresa industrial, somete su personal a **tests** establecidos a partir de promedios estadísticos y, en los dos casos, los resultados favorecen al hombre medio, el **well rounded man**, eliminando todo lo que pudiera aparecer como una marca de genio.

Cuando los jóvenes entran en el ejército, escribe el mayor Fielding Eliot, "el sistema informe, sin rostro y anónimo se apodera de ellos". Los menores detalles de la vida militar son desde entonces reglas, no para los oficiales directamente responsables, que apreciarían un cierto margen de iniciativa que se les dejara, sino bajo lejanos expertos con sede en el Pentágono, esos "dioses del sistema a los cuales se les rinde homenaje cada hora y en todas las horas bajo forma de informes con cinco copias". Resulta inevitable que "para ciertos medios del Pentágono, las unidades de combatientes no existan más que para servir al sistema administrativo".

El mismo autor recomendaba entonces que se realizaran grandes esfuerzos para desarrollar entre los soldados el espíritu de equipo, el espíritu de cuerpo, que no existe nada más que en las formaciones de élite, como entre los célebres **marines**. Si el ejército queda anónimo, se pregunta, ¿cómo puede esperarse que sea fiel?".

LAS DEFECCIONES ANTE EL ENEMIGO

Ese problema de la fidelidad a una organización enemiga se ha posado concretamente durante la guerra de Corea. Es en efecto de la guerra de Corea que se trata cuando Eugene Kinkead escribe: "En todas las guerras en las cuales han participado, con excepción de una sola, la conducta de los militares norteamericanos capturados por el enemigo no levantó en el país ninguna preocupación particular". Su libro **(In Every War But One,** Norton, 1959) ha sido redactado a partir de la voluminosa documentación reunida por el Pentágono sobre el comportamiento de los soldados y oficiales norteamericanos hechos prisioneros durante la Guerra de Corea. Demuestra minuciosamente que hubo entre ellos "una gran desmoralización y colaboración con el enemigo".

El ejército destacó 720 expertos para interrogar 3,937 prisioneros después de su repatriamiento. Los resultados de esta encuesta han provocado una viva emoción en los Estados Unidos. Oficialmente, un 30 por ciento de esos ex prisioneros habían colaborado "técnicamente" con el enemigo, y 425 eran seriamente culpables. Esas cifras parecieron tan impresionantes que se decidió ocultar el asunto contentándose con ciertas pequeñas medidas. A falta de pruebas jurídicamente aceptables por un tribunal, setenta y cinco prisioneros volvieron a Corea sin ser molestados, a pesar de que según la opinión del ejército se habían convertido en agentes comunistas.

La prensa norteamericana habló abundantemente del "lavado de cerebro" al cual esos hombres habían sido sometidos. Se trataba de mostrar que ese tratamiento alteraba gravemente su personalidad y los hacía irresponsables de sus actos. Pero el libro de Kinkead llega a conclusiones completamente diferentes. Establece que esos hombres no han sido "hipnotizados, drogados, torturados físicamente o sometidos a



una extrema presión psicológica". Han sido simplemente adoctrinados con métodos que no tienen nada de insoportables y que el autor describe en detalle.

La obra de Kinkead parece sub estimar la importancia de un factor puesto en relieve por otros estudios.

Se trata del grado de confort al cual el americano medio está habituado, y del que no se puede pasar fácilmente cuando es soldado. Para avituallamiento o los placeres, el ejército en campaña está obligado a inmovilizarse por una serie de servicios destinados a hacer la vida más soportable para sus hombres, pero de ese confort el prisionero se encuentra privado. De la noche a la mañana, deja de pertenecer al grupo humano que absorbe cotidianamente el mayor número de calorías y vitaminas. Más que otro, en razón de sus costumbres adquiridas, y que constituyen el mayor éxito de la sociedad en que ha crecido, es sensible a la sub alimentación, al frío, a la privación de las mil facilidades de que gozaba en la vida civil y también en la vida militar. En la búsqueda de ese confort que ha gastado en general lo mejor de sus energías. Estas se hunden cuando el confort se retira Seguro de él en condiciones de vida material superiores a las del resto de la humanidad, se hace más vulnerable que cualquier otro desde que se encuentra privado —en los campos de prisioneros por ejemplo.

Ese debilitamiento de la personalidad por un gusto excesivo de confort aparece igualmente en el comportamiento del soldado americano en combate.



LA MITAD DE LOS INFANTES NO COMBATEN

Durante la Segunda Guerra Mundial, una encuesta del Pentágono había revelado que en la infantería, un soldado americano sobre seis utilizaba su arma. En ciertas compañías excepcionales, un solo hombre de cada cuatro participaba efectivamente en el combate. La encuesta demostraba que eran siempre los mismos soldados los que tiraban, pero no había sido aún llevada a término cuando el enemigo capituló.

Desde el comienzo de la guerra de Corea, la encuesta fue continuada sistemáticamente, y sus conclusiones alarmaron al Pentágono. Mostraban en efecto que, la mayor parte de los enlistados, la mitad de los hombres no tiraban sobre el enemigo. Esos estaban a menudo paralizados, incapaces del menor gesto, esperando ser matados —o bien huían en desorden. Las compañías sufrieron de esa manera grandes pérdidas a pesar de la superioridad de fuego con que contaban teóricamente.

Interesados en crear unidades de combate eficaces, el Pentágono decidió continuar la encuesta a fin de definir el tipo de **fighter** y el del **non-fighter**, este último sería asignado a funciones en las que su incapacidad para combatir no ponía a su compañía en peligro. He aquí el retrato comparado de esos dos tipos de hombre, en el cual se encuentran todas las tendencias de la sociología americana, que llega a definir un promedio estadístico que no tolera excepciones:

"El soldado que utiliza sus armas se expresa con mayor facilidad que aquel que no las utiliza Este último es indeciso, no encuentra palabras (.) Se viste con negligencia (..) Los **fighters** pertenecen a familias que poseen un nivel de vida más elevado, entradas estables, viviendo en casas más caras (..) La mayor parte de los **non-fighters** han abandonado la escuela más temprano para ganar su vida; no tenían aún 18 años cuando su padre murió, o bien sus padres no estaban casados, o bien su padre no se ocupaba de ellos, dejando el cuidado a su madre (...) El clima intelectual de su familia es netamente más bajo. Los **fighters** disponen más dinero en el banco y han obtenido más temprano la costumbre de ahorrar. Ganan más dinero y gastan más (...) Recurren al crédito con más frecuencia (..) y han aprendido más temprano a obtener comunicaciones telefónicas interurbanas (..) Miden una pulgada más y pesan ocho libras más que los **non-fighters** (..) Son más sociables y participan más fácilmente en los clubs (..) En general frecuentan una sola muchacha a la vez, mientras que los **non-fighters** tienen citas con varias muchachas. El **fighter** ha hecho su primera experiencia sexual lo más tarde (a 15 y nueve meses) y se ha casado un año más temprano (20 años) que el **non fighter**.. Es netamente más inteligente, etc.".

Otra encuesta fue realizada por el Centro Médico de la Universidad de Bellevue (New York), concluyendo que el 56.6 por ciento de los adolescentes americanos, el 8 por ciento solamente de los niños europeos, eran incapaces de pasar ciertos tests bastante simples de aptitudes físicas. Esta deficiencia de los jóvenes norteamericanos se debería al "lujo creciente" de que están rodeados, en las horas que pasan en cuclillas ante una pantalla de televisión en lugar de dedicarse a los deportes. Parecen por su talla, su peso, su tez, más sanos que sus camaradas europeos, pero de hecho son menos fuertes, menos ágiles, menos resistentes. No es sorprendente que al llegar a la edad de llevar uniforme, produzcan menos buenos infantes. Ahora bien, si los Estados Unidos son la más grande potencia militar del Oeste, tiene a pesar de las armas modernas, necesidad de mejores infantes. Pone el acento sobre la aviación y las armas estratégicas, y cuenta sobre sus aliados para dar a la alianza atlántica contigentes de infantería que le cuestan menos y son más eficaces que sus C.I.S.

LAS ESCUELAS DE OFICIALES

Existe en el ejército americano otro problema que no deja de ser sorprendente a los ojos del mundo: es el reclutamiento de oficiales.

La Academia Militar de West Point cuenta con 2,496 plazas. Sobre ese total 2,147 no son suceptibles de concurso. Los candidatos son designados por los 435 miembros de la Cámara de Representantes y los 96 senadores (contando la administración del Hawaii y de Alaska en el rango de los estados) a razón de cuatro por cada uno de ellos (531 x — 2, 124), más 20 para los territorios dependientes de los Estados Unidos, y 3 designados por el vice presidente. Sólo los otros 349 están abiertos a la competencia.

Para la U.S. Air Force Academy, el 85 por ciento de los puestos son reservados a los candidatos designados por los miembros del Congreso. Un sistema análogo funciona en la Academia Naval de Annapolis En cada caso, el presidente de los Estados Unidos puede designar un cierto número de candidatos que son admitidos. Ese sistema bastante increíble fue instaurado, desde la fundación de esas escuelas, para asegurar una igual repartición de los cuadros militares entre los diferentes Estados, con el fin de que ninguno de ellos pueda asegurarse una posición predominante en la dirección de los asuntos militares. Hasta el presente, no se ha tratado seriamente de modificar un procedimiento de reclutamiento tan anacrónico como antidemocrático. Corresponde a una concepción del reclutamiento, de las "élites" por una cierta forma de arbitrariedad, semejante a la que está en vigor en el mundo de los negocios.

(Tomado del libro "El Nuevo Mundo" —Traducción de J.A.B.



NUEVO MANIFIESTO DE LOS INTELECTUALES, ESCRITORES Y ARTISTAS AL PUEBLO DE CUBA

El sabotaje al vapor francés "La Coubre" ha colocado muchas cosas en su sitio. Ahora sabemos todos, el pueblo de Cuba y sus gobernantes, que la gran agresión contra Cuba ha llegado a su momento crucial. Por eso estamos en pie de guerra. La revolución afronta su momento decisivo y estamos prestos a defenderla, con nuestras vidas si fuera necesario.

Nosotros sabemos que los mercenarios extranjeros, los fascistas, los nazis, los rosablanqueros, los cubanos sin patria, los trujillistas (que ahora de seguro vendrán, pues sus amos ya están de acuerdo con los otros), serán la vanguardia de la invasión. Que esta canalla internacional no podrá ser factor decisivo en la victoria esperada por el enemigo, pero que será el pretexto que otros esperan para lanzarse contra nosotros en nombre de la Paz y la Democracia. Que una mendaz campaña contra Cuba se viene gestando desde el 1ro. de enero de 1959, desde el primer día del triunfo de la Revolución, porque la Revolución no se avino —ni se avendrá— con los intereses latifundistas e imperialistas de los Estados Unidos. Que la prensa norteamericana lleva a cabo desde hace meses un sistemático despliegue de ataques a nuestra nación que no se limitan al insulto y la mentira, sino que tienen como objetivo principal preparar al pueblo norteamericano para lo que ellos pretenden hacer: una intervención directa en nuestro suelo. O sea: al desembarco de los *marines*, que tan convenientemente han situado en Puerto Rico. Una prueba de que esta campaña ha llegado a un clímax peligroso para Cuba es este cable enviado por la agencia noticiosa (de algún modo hay que llamarla) norteamericana AP:

La explosión del barco podría intensificar las discusiones en los círculos interamericanos en el sentido de que las naciones del hemisferio (en el hemisferio se encuentra Estados Unidos), aunque vacilan de actuar en tales ocasiones en respeto a la tradición de no intervención, deberían tomar alguna acción contra aquellos que disturban la paz o que promueven la infiltración comunista. El recibo de un cargamento de armas por el régimen de Jacobo Arbenz en Guatemala, fue seguido después de unas semanas por el derrocamiento de este gobierno. Los periodistas tuvieron la impresión de que ya está en efecto una política más firme de Estados Unidos en su trato con el gobierno cubano. ¡Estamos enfermos y cansados de las ultrajantes acusaciones de Cuba de que estamos invadiendo su territorio con avionetas!, declaró un funcionario del Departamento de Estado".

Nosotros los intelectuales, escritores y artistas, sabemos que esto significa una sola cosa: guerra contra Cuba. Sabemos también que toda actitud pacifista de nuestra parte es ceguera propicia al enemigo. Hay que estar claros en este momento crucial. Hay que definirse. Los que abajo firmamos ya hemos tomado nuestra determinación: estamos plena, incondicional y definitivamente al lado de nuestro gobierno, al lado de nuestro pueblo, al lado de nuetra Revolución.

Miriam Acevedo
Luis Alonso
Humberto Arenal
Rosario Antuña
Vicentina Antuña
Mirtha Aguirre
Angel I. Augier
Mariblanca Sabas Alomá
José Ardévol
Tomás Gutiérrez Alea
Santiago Alvarez Román
Néstor Almendros
Antón Arrufat
Juan Arcocha
Martha Arjona
Arturo Agramonte
Jesús de Armas
Santiago Armada
Luis Agüero
José A. Baragaño
Roberto Branly
Raimundo Fernández Bonilla
José Barbeito
Julio Berenstein
Nora Badías
Enrique Barnet
Fermín Borges
Juan Blanco
Cundo Bermudez
Natalia Bolívar
Faustino Canel
Sabás Cabrera Infante
Guillermo Cabrera Infante
Calvert Casey
Walterio Carbonell
Euclides Vázquez Candela
José A. Cabrera
Alejo Carpentier
Onelio Jorge Cardoso
Servando Cabrera Moreno
Fedora Capdevila
Hugo Consuegra
Agustín Cárdenas
Violeta Casal
Jorge Camacho
Octavio Cortazar
Manuel Díaz Martínez
Charles Menchero
Manuel Duquesne Cuzán
Sandú Darie
René Depestre
Edith Depestre
Juan David

Roberto Estopiñán
Dervis Espinosa
Rolando T. Escardó
Gustavo Eguren
Roberto Fandiño
Carlos Fariñas
Rolando Ferrer
Carlos Franqui
Agustín Fernández
Roberto Fernández Retamar
Ramón Ferreira
Jorge Fraga
Rafael Fornés
Lázaro Fresquet
Pablo Armando Fernández
Harold Gramatges
Ramiro Guerra
Rafael Guerra
Rafael Garriga
José Guerra
Alfredo Guevara
Natividad González Freire
Jorge Espinosa
Lorenzo García Vega
Natalio Galán
Adrián García Hernández
Edith García Buchaca
Nicolás Guillén
Félix Guerrero
José Gómez Fresquet
Raúl González de Cascorro
Luis Gómez Wangüemert
Amaro Gómez
Oscar Hurtado
Antonieta Henríquez
Julio Herrera Zapata
Ivette Hernández
Sara Hernández Catá
Jorge Herrera
Alcides Iznaga
Fayad Jamís
René Jordán
José Lezama Lima
César Leante
Rine Leal
Wifredo Lam
Argelier León
Carlos M. Luis
José Limeres
Guido Llinás
José Massip
Luis Marré
Fausto Masó

Juan Marinello
Aldo Menéndez
Marinés Medero
Isabel Monal
Edgardo Martín
Luis Martínez Pedro
Matías Monte Huidobro
Enrique Moret
José María Mijares
Manuel Navarro Luna
René de la Nuez
Carlos Osorio
Gregorio Ortega
Carilda Oliver Labra
Tomas Oliva
Pedro de Oraá
Lisandro Otero
Eberto Padilla
Marcelo Pogolotti
José A. Portuondo
Virgilio Piñera
Graciela Pogolotti
Serafín Pro
Regino Pedroso
José Rodríguez Méndez
Carlos Rafael Rodríguez
Horacio Rodríguez Suria
José Rodríguez Feo
Nilo Rodríguez
Eugenio Rodríguez
Mariano Rodríguez
Emilio Roig de Leuchsenring
Sergio A. Rigol
Alberto Roldán
Jaime Sarusky
Ramón F. Suárez
Cleva Solís
Severo Sarduy
Jorge Tallet
José Zacarías Tallet
Harry Tanner
José Tabío
Nivaria Tejera
Enrique Ubieta
Carmen Valdés de Guerra
Juan Vilar
Cintio Vitier
Ricardo Vigón
Antonio Vidal
Manuel Vidal
José M. Valdés Rodríguez
Orlando Yánes
Rosa Hilda Zell

NUMERO EXTRA





